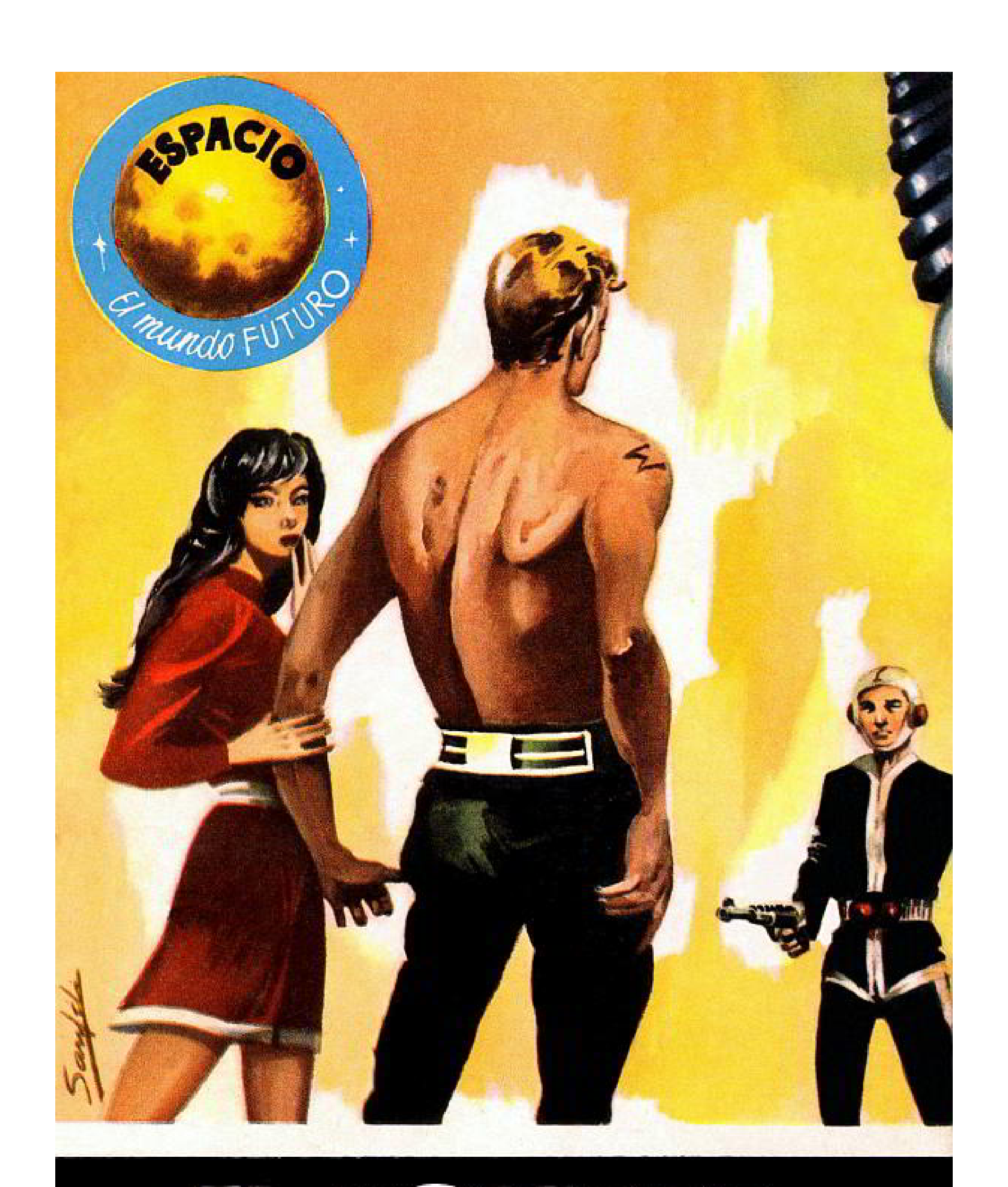


EL HOMBRE MARCADO

LAW SPACE

Después de haber recibido aquel impacto terrible, se dio cuenta de que las cosas no podían haber ocurrido de la manera que pretendió al principio. Y que, si la alarma había sonado en «su segunda mente», era porque ésta, después del sueño del que acababa de salir, había captado directamente «la cosa».

Fue tal su sorpresa que, sin darse cuenta de que lo hacía, se puso en pie, abandonando el mullido lecho, yendo hasta el ventanal, sobre cuya superficie transparente puso su amplia frente, contemplando, desde la altura del edificio, la ciudad que bullía allí lejos.



Law Space

El hombre marcado

Bolsilibros: Espacio - El Mundo Futuro - 195

ePub r1.0

LDS 05.12.18

Título original: *El hombre marcado*
Law Space, 1960
Cubierta: Sanfili
ePub modelo
LDS
, basado en ePub base r1.2




EL HOMBRE MARCADO

Primera Parte

La Amenaza

—¿Y tú crees que el pasado no debe tocarse, Ekaton?

—No. Porque su carácter irreversible es lo que hace posible nuestra vida. Sólo tejiendo con cuidado el presente podemos orientar en cierto modo el futuro.

—¿Y si pudiésemos borrar los errores cometidos en el pasado? ¿Te imaginas lo que podríamos hacer si sabemos lo que debemos modificar y que la experiencia nos ha enseñado como malo?

Ekaton sonrió.

—Lo que hoy es error no pudo serlo ayer, amigo mío. Volver hacia atrás puede ser fatal. Porque hay algo en el presente que se está haciendo pasado, con lo que estamos siempre de acuerdo. ¿O es que has olvidado al destino?

—Yo no creo en él.

—Haces mal. El destino es la más cómoda justificación que ha encontrado el hombre, el juguete más agradable para no tener que arrepentirse del pasado. Dicen los hombres: fue el destino. Y esa idea apacigua sus temores, calma la tormenta de sus inquietudes…

—¿No es eso hipocresía, Ekaton?

—No, porque es raro que un hombre intente engañarse a sí mismo. Y si lo hace, se dirige hacia los demás, ya que en el fondo de su conciencia sabe que no puede engañarse. Por eso debe quedarse el pasado donde está. Porque, de hacerlo, si lo modificásemos, podríamos dañar a los otros, para los que ciertos hechos, errores nuestros, han sido beneficiosos. Pero aún hay más… Hagamos lo que hagamos, jamás lograremos modificar el pasado si no conviene a la vida. ¡Y ésta es la que manda, por encima de nuestros intereses! No lo olvides, amigo: lo que debe ser, será.

(De los «Diálogos de Ekaton»).

CAPÍTULO PRIMERO

a sensación de peligro llegó hasta él como un flechazo que, certeramente dirigido, atravesó su cerebro normal, penetrando en su «segunda mente», en el complejo sistema extrasensorial que los «souks» llamaban «aparato hipercortical».

Después de haber recibido aquel impacto terrible, se dio cuenta de que las cosas no podían haber ocurrido de la manera que pretendió al principio. Y que, si la alarma había sonado en «su segunda mente», era porque ésta, después del sueño del que acababa de salir, había captado directamente «la cosa».

Fue tal su sorpresa que, sin darse cuenta de que lo hacía, se puso en pie, abandonando el mullido lecho, yendo hasta el ventanal, sobre cuya superficie transparente puso su amplia frente, contemplando, desde la altura del edificio, la ciudad que bullía allí lejos.

Mientras su «segunda mente» seguía recibiendo el mensaje

espantoso, Imk, jefe de los Souks, contempló lo que se ofrecía a sus ojos. En primer término, los jardines del palacio, más allá las barreras materiales y mentales que protegían el recinto y allá lejos, prolongándose hasta el brumoso horizonte, la ciudad, la monstruosa ciudad con sus cien millones de habitantes, con sus cien millones de hombres.

A medida que la fuente del peligro se iba precisando, Imk se sorprendía, dispuesto a negar lo que su «segunda mente» estaba recibiendo. Era imposible.

Trescientos años de dominio «souk» —exactamente desde que habían llegado a la Tierra— no podían terminar de aquel modo. Todo había sido hecho con una precisión que era hija de la superioridad mental de los «souks» y nada podía atentar contra aquella fuerza que residía en la «segunda mente», en el potente sistema «hipercortical».

¿Qué podían hacer aquellos miserables seres de la Tierra contra un poder semejante?

Bien era verdad que, desde hacía algún tiempo, Imk había sabido, siempre por medio de la «segunda mente», que algunos terrícolas poseían un poder nuevo, nacido o desarrollado quizá después de las guerras atómicas de hacía cinco siglos, por simple mutación. Pero el que algunos de aquellos desdichados poseyesen facultades telepáticas no quería decir, ni muchísimo menos, que pudieran compararse en nada a los «souks».

Y, sin embargo…

¡No, no podía ser!

Aquella amenaza, que se iba concretando cada vez más, no podía ser más que un capricho absurdo de la imaginación, una de las extrañas posibilidades de derivación de su poderosa «mente segunda».

Hasta entonces, tan sorprendido y aterrado estaba, no había utilizado más que el sector receptor, contentándose con precisar y recibir las corrientes mentales que le llegaban; pero, al ver que a pesar de sus deseos, la realidad de tal mensaje no podía dejar de ser cierta, envió una llamada precisa, urgente, a su hijo mayor, Vrem.

No pasó mucho tiempo hasta que la puerta, abriéndose silenciosamente, dio paso a un joven alto, cuyos cabellos empezaban ya a blanquear. Poseía, como su progenitor, una mente

amplia y unos ojos grises y brillantes. Iba, como Imk, vestido con una túnica que le llegaba hasta los pies, doblada en el torso, dejando ver el relieve musculoso de sus pectorales bajo la transparente capa de su camisa de «perlotón». Calzado con sandalias cruzadas, sus pasos se ahogaron en la alfombra que cubría la sala.

—¿Me llamaba, padre?

Imk se volvió, dando la espalda al amplio ventanal. Su poderosa silueta se recortó sobre el fondo luminoso de un cielo sin nubes. Visto así, parecía más imponente que nunca, poderoso como lo habían sido su padre, el padre de éste y los demás… hasta Himka «el Audaz», cuyas naves llegaron al Sistema Solar hacía trescientos años.

Pero para los ojos inquisitivos de Vrem, la aureola y el aspecto eran lo de menos. Se fijó, antes que nada, en la frente arrugada de su padre, en la inquieta luz que latía en sus pupilas, en la palidez aminorada que cubría su rostro, en el palpitante aleteo de su nariz y en el temblor apenas perceptible de sus largos dedos.

Hubo una larga pausa, y el hijo no se atrevió a utilizar su «mente segunda», cosa que hubiese sido considerada como una falta de respeto hacia sus mayores.

Esperó a que su padre se dignara hablarle.

Imk, su padre, le miraba, en silencio. Pero el joven sabía que el espíritu del hombre estaba muy lejos de allí y supuso que utilizando el sistema «hipercortical», Imk estaba analizando algo que pasaba a mucha distancia de allí.

—Acércate, hijo…

Obedeció.

Y, a un gesto de su padre, tomó asiento en uno de los sillones. Imk hizo lo mismo, colocando cuidadosamente los pliegues de su túnica antes de romper el nuevo silencio que se había instalado entre ellos.

Después dijo:

—Estamos perdidos, Vrem.

Éste frunció el entrecejo, teniendo que hacer un esfuerzo poderoso, tal era su curiosidad, para no utilizar su «mente segunda» y saber inmediatamente por qué había pronunciado su padre aquellas palabras terribles.

Pero se limitó, respetuosamente, a preguntar:

—¿Qué ocurre, padre?

—Los hombres están siendo informados de nuestras defensas.

—¿Eh?

—Lo que oyes. Alguien, y pronto sabrás quien es, les ha informado y ellos preparan el asalto al palacio. ¡Estamos perdidos!

—Pero… ¿cómo es posible? Ninguno de esos desdichados puede penetrar en nuestra «mente segunda». No poseen poderes suficientes. ¿O es que hay algún traidor entre los nuestros?

—No, no se trata de traición, sino de algo peor: debilidad.

—¿Quién ha sido?

—Imssa.

Los ojos de Vrem se abrieron como platos.

—¿Mi hermana? ¿Cómo es posible? Imssa es de los nuestros, padre…

—¿Vas a decírmelo a mí? Imssa es mi hija, tu hermana… Pero hay algo que acabo de intuir, desde el momento en que supe la verdad.

—¿Como lo has sabido?

—Fue al despertar… mi «mente segunda» percibió un flujo de ideas confusas… y lo que me extrañó es que se hablase en ellas de nuestro sistema de defensas, sobre todo del ultrasecreto. Ya comprenderás que la cosa me alarmó. Podía haber intervenido en aquel instante, pero me percate de que era completamente inútil, ya que las informaciones más preciosas habían sido comunicadas desgraciadamente.

»Luego, siguiendo el hilo de aquellos pensamientos, llegué hasta los que estaban recibiéndolas. Y entonces comprendí que se había perdido todo. ¡Eran los hombres, un grupo de telépatas, que habían logrado sacar de la “mente segunda” de Imssa toda la información que deseaban!

—¿Cómo lo lograron?

—Muy sencillo. Imssa posee una «puerta abierta» en su «mente segunda». Una fisura por la que penetró el mandato de los telépatas.

—¡Pero eso es imposible, padre! Jamás puede ocurrir.

—Normalmente no, pero ya te he dicho que te iba a explicar lo que ha ocurrido y lo que he podido descubrir analizando la pobre mente de tu hermana.

Hubo una pausa y el joven notó el cansancio que había aparecido en el rostro de su padre.

Éste, sin levantar la cabeza, continuó:

—Debió de ser en el año veinticinco, después de nuestra llegada. Un grupo de hombres, más inteligentes de lo que suponíamos, sembró en nosotros la semilla, de la debilidad, sabiendo que llegaría un momento en que fructificaría. Y éste es el momento que vivimos ahora.

—No comprendo.

—Aquellos hombres prepararon una trampa y uno de nuestros antepasados, Imk el Fuerte, cayó en ella, enamorándose de una muchacha a la que le presentaron como una hembra «souk». La muchacha, Arissa, era bellísima y nuestro antepasado se enamoró de ella locamente.

—¿Y no notó que la muchacha no poseía una «mente segunda»?

—No lo sé, hijo mío… Por mucho que he ahondado en el cerebro de tu hermana, no he conseguido nada. Es un misterio. Pero no importa… El hecho fue que, como es normal, los hijos de aquella pareja heredaron la facultad «souk» de poseer un «hipercortical». Parecían normales y lo eran; pero sólo los varones.

—¿Las hembras no?

—Aparentemente seguían siendo «souks», pero su «mente segunda» no era como la nuestra. Y poco a poco, por una causa hereditaria, fueron tornándose más frágiles, más susceptibles a la influencia exterior. Una pequeña zona se iba reblandeciendo y así ha llegado a producirse una fisura en tu hermana Imssa, por la que se han escapado nuestros más importantes secretos.

»¿Comprendas ahora la importancia, hijo? Los secretos de nuestra defensa ya no lo son. Y los hombres, que esperaban este momento, están preparando una invasión, un ataque que no tardará en producirse.

—¡Es espantoso!

—Lo es. Nos hemos confiado en esas defensas porque podíamos hacerlo. Nadie podía descubrir los secretos de nuestras trampas electrónicas ni detener el impulso de nuestras máquinas mentales. Cientos de robots, con armas desconocidas, guardaban las murallas de nuestro palacio. Y los hombres, que no ignoraban la existencia de esas formidables defensas, no podían hacer nada para poner en

marcha la revancha que incuban desde hace siglos.

»Para ellos seguimos siendo los déspotas (así nos llaman en la ciudad). Seres que llegaron de otro mundo y que han impuesto sus leyes, que los dominan por completo. Están deseando echarnos, acabar con nosotros, aniquilarnos… ¡Y ahora van a lograrlo!

El joven palideció, dándose cuenta de que su padre tenía toda la razón.

—Montar una nueva defensa —continuó Imk— tardaría en conseguirse muchos años y los hombres no nos permitirán una pausa tan grande… ¡Nos atacarán antes! He leído en sus mentes que antes de dos meses estarán lo suficientemente organizados para llevar a cabo sus propósitos.

—Entonces…

—Es el final, hijo mío.

—¿Y si utilizásemos los astronavíos?

Una triste sonrisa apareció en los labios de Imk.

—Eso es imposible, hijo mío. Esos aparatos no sirven para nada… y si sirviesen, ¿quién podría guiarlos? Los «souks» éramos grandes navegantes del espacio, pero de eso hace tres siglos. Acostumbrados a esta vida de mando y dominio, hemos perdido las facultades y ni uno de los dos mil que hoy viven en el palacio sería capaz de pilotar uno de esos aparatos.

—Es verdad…

Y tras una pausa, con voz impresa de emoción, preguntó:

—¿Eso quiere decir, no es cierto, que estamos irremisiblemente perdidos?

—En principio, sí; pero, de todos modos, creo que intentaremos algo. Por el momento y para evitar que nuestros planes sean conocidos por el enemigo, tendremos que tomar medidas drásticas.

—¿Cuáles?

—Hacer desaparecer la causa de nuestra desgracia: hay que matar a Imssa. Y lo harás tú.

El joven abrió la boca, pero ningún sonido salió de ella.

—Sí, hijo…, has de matar a Imssa: es la única manera de estar tranquilos.

Vrem lanzó un suspiro.

—Está bien, padre.

—Luego tendremos que investigar entre las mujeres «souks» para

ver si hay alguna más cuya «mente segunda» tenga una fisura. Seleccionaremos las buenas y eliminaremos las inseguras.

—Comprendo. ¿Y cómo evitaremos el ataque de los hombres?

—Eso es otro asunto. Voy a ir a ver a Doluk.

Se levantó, dirigiéndose hacia la puerta; luego, antes de llegar, se volvió hacia el joven que, en pie, permanecía inmóvil como una estatua.

—Ve a cumplir tu penoso deber, hijo.

—Está bien.

Salió el padre y Vrem se mantuvo unos instantes pensativo, mordiéndose los labios, diciéndose que su padre podía haber elegido a su hermano, el menor, Dunt, para aquel horrible trabajo.

Estando ahora solo, puso en marcha su «mente segunda». Una vez dirigida hacia Imssa, se percató de que su padre no se había equivocado. El sistema «hipercortical» estaba en pleno funcionamiento; pero, en vez de regirse por las leyes internas..., ¡obedecía a impresiones lejanas, contestando a cuantas preguntas se le hacían desde la ciudad!

Siguiendo el curso de los pensamientos que se alejaban de Imssa, la «mente segunda» de Vrem tropezó con los cerebros de los hombres que estaban recibiendo la preciosa información que su hermana les estaca procurando. Poco faltaba ya para que lo supiesen todo y ahora no eran más que detalles insignificantes, al lado de lo que ya había dicho.

Vrem leyó en aquellas mentes el deseo del ataque, la precisión de una fecha y la decisión de terminar con los déspotas, aniquilándolos sin piedad.

Se estremeció.

Recordando las palabras de su padre, le vino a la mente la imagen de los antiguos «souks», fuertes, luchadores, arrogantes y osados, que jamás temieron la lucha ni la violencia.

¿Dónde estaban aquellas cualidades?

—Han bastado trescientos años —se dijo, en vos alta— para convertirse en seres incapaces de luchar... ¡Nos matarán como a niños pequeños! Nuestros brazos ya no pueden sostener un arma..., si no es, como debo hacer yo, para acabar con mi hermana...

La idea de Imssa le puso furioso.

¡Todo por la culpa de aquella estúpida!

Cerrando los puños, se dirigió hacia el armario de su padre, que se abrió dócilmente antes de que él llegase, obedeciendo al influjo poderoso de su «mente segunda».

Cogió una pistola de rayos desvitalizadores, completamente silenciosa. Cuando su mano se cerró alrededor de la culata, una especie de orgullo se apoderó de él, haciendo que se viese junto a la muralla, frente a un grupo de hombre que la asaltaban. Pero al pensar en aquello, sus piernas temblaron y un escalofrió recorrió su espalda.

¡Estaban definitivamente muertos los sentimientos viriles de los antiguos «souks»!

¡Enterrados para siempre!

Recorrió los pasillos, comprobando que las puertas obedecían, abriéndose ante él. Cuando llegó junto a la de la habitación de su hermana, dudó unos instantes, sintiendo que el sudor perlaba su amplia frente.

Ordenó a la puerta que se abriese.

Lo primero que vio fue los ojos azules de Imssa, que le miraban intensamente, sabiendo ya lo que iba a pasar. Por eso, venciendo la repugnancia que le invadía, Vrem levantó el arma, oprimiendo el gatillo durante un tiempo sumamente largo…

CAPÍTULO II



oluk habitaba en las entrañas del inmenso edificio donde tenía instalados sus magníficos laboratorios.

Imk se dejó llevar por los pasillos movedizos, adentrándose en el fondo de aquel colosal palacio, grande como una ciudad antigua, donde hubiesen podido vivir dos millones de personas.

Pero no había más que cinco mil «souks», instalados en apartamentos lujosos, rodeados de todas las comodidades que jamás imaginaron seres humanos.

¿Había sido aquello lo que provocó la debilidad de una raza que fue capaz de extender sus conquistas más allá del espacio?

No.

Imk sabía que, sin la desgracia hereditaria que había ocurrido con el matrimonio de su antepasado, nada de esto hubiera ocurrido. La culpa la había tenido aquel lejano Imik el Fuerte, que no supo ver, a través de los velos de un amor, la trampa que los hombres le

tendían a él y a su poderosa raza.

El pasillo se detuvo ante la puerta del laboratorio que, obediente como las otras, empezó a abrirse.

Antes de entrar, hizo que su «mente segunda» funcionase, dirigiéndola hacia el cerebro de su hijo mayor. Y así supo que Vrem había cumplido la orden que le dio y que Imssa había muerto.

No hubo en su conciencia ni el menor asomo de piedad; para él, responsable de su raza, lo único importante era que los «souks» no fuesen destruidos.

El viejo Doluk estaba allí, junto a sus aparatos, estudiando cosas que jamás comunicaba a nadie, ya que el interés de los «souks» por las cosas técnicas o intelectuales había desaparecido hacía muchísimo tiempo. Había sido él muchos años antes, quien preparó las defensas invencibles del palacio, las complejas armas mentales, los complicados sistemas electrónicos y las barreras fotónicas, capaces de hacer enloquecer a quien se atreviese a pasarlas.

—¡Hola, Imk!

Ningún «souk» se atrevía a utilizar su «mente segunda» sin la autorización de su interlocutor, sobre todo si éste era superior. Así, el viejo sabio se limitó a servirse del cerebro normal.

—Hola, amigo mío…

Imk se sentó, en uno de los sillones laterales. La totalidad de las salas, en su parte central, estaban ocupadas por los aparatos más curiosos que pudieran imaginarse.

—¿Estás muy ocupado?

El otro fue a sentarse a su lado. Y con una amplia sonrisa contestó:

—Siempre hay algo que hacer.

—Lo comprendo. ¿Te gusta tu trabajo?

Doluk enarcó las cejas.

—¿Por qué me preguntas eso, Imk?

—Utiliza tu «hipercortical».

Lo hizo el otro y una expresión de terror apareció en su rostro.

—¡No! —exclamó, con voz ahogada.

—¿Te das cuenta ahora? Todos nosotros amamos la vida que llevamos, el lujo, la comodidad y el interés que nos rodean… Pero todo eso se ha acabado, amigo mío.

—¡No puede ser!

—Ya lo has visto. Imssa ha muerto, pero demasiado tarde para evitar que los hombres supiesen la manera de poder destrozarnos. ¡Ahora estamos a su alcance!

—¡Es increíble!

—Yo tampoco me hubiera atrevido a imaginarlo hasta esta mañana. Pero, por desgracia, nada hubo jamás más real.

—¿Y no hay forma de evitarlo?

—¿No irás a proponerme el cambiar las defensas?

—¡Oh, no! Tardaría muchísimo en estudiar otras… Ya comprenderás que, considerándolas perfectas, me he dedicado todos estos años a estudiar otras cosas…

—Lo sé.

—¿Cómo iba yo a imaginar que mis defensas, que me costaron dos décadas de ímprobo trabajo, iban a ser descubiertas de esta desdichada manera?

—Ése ha sido nuestro gran defecto…, desde siempre: nos hemos confiado demasiado en nuestro poder, en la superioridad de nuestra mente. ¡Y ahora vamos a pagar cara esa confianza!

—Pero…

—Sí, amigo mío. Los hombres preparan su ataque al palacio y no tardarán más de sesenta días en llevarlo a cabo. Empezarán explicando a todos que ya no somos invencibles, que estamos a su merced… ¡Imagínate! Tú sabes, como yo, qué clase de odio ha germinado en sus corazones durante estos tres siglos. ¡Los déspotas! ¿Cuánto darían por poder pisotearnos, por arrastrar nuestros cadáveres por las calles y plazas de la ciudad?

—¡Cállate, por favor!

—¿Tienes miedo, eh?

El otro le miró, fijamente.

—Tú también lo tienes, Imk.

Los ojos del jefe brillaron de cólera.

—¿Quién te ha autorizado a utilizar tu «mente segunda», imbécil?

—Perdona, pero quería…

—… Saber. Ya lo sé. Pues bien, ¡ya sabes que tengo miedo! ¿Vas a ganar, a remediar algo con eso, di?

—No.

—Es natural que tengamos miedo…, porque hay una magnífica

vida por delante de nosotros. Y ellos lo saben. La envidia los corroe cuando piensan que nosotros, en el interior del palacio, hemos desterrado las enfermedades que a ellos los atacan. Y al saber que nuestras vidas son el doble de largas que las suyas, el rencor les devora las entrañas…

»¡Por eso están dispuestos a deshacerse de nosotros! Les hemos dado una cierta libertad, se rigen por leyes que no son, ni mucho menos, draconianas como las que soportaban antes… ¡Pero no pueden resistir que seamos nosotros, unos extraños, los que manden en su planeta!

Doluk asintió, con un gesto; luego advirtió:

—Pero creo que has olvidado algo, Imk…

—¿El qué?

—Que ellos saben que hubiésemos podido, permitiendo el cruce de nuestras razas, dotarlos de la «mente segunda» y alargar su vida, borrando el sufrimiento de las enfermedades que acortan las suyas.

—¿Y eres tan loco que piensas que podíamos haberlo hecho? ¿Dónde está tu viejo orgullo de «souk»?

—¿De qué va a servirme ese orgullo ahora…?

Los ojos de Imk relampaguearon.

—¡De mucho! ¡Porque no nos entregaremos sin luchar!

—¿Luchar?

—Sí, ya sé, y no hace falta que me lo repitas, que somos incapaces de coger las armas y defendernos; pero hay otras cosas, si tú no has mentido.

—¿Yo? ¿Mentir?

—Sí. Has podido hacerlo…, aunque eso te costaría caro. ¿Sabes lo que haría contigo, si hubieses mentido?

Doluk no dijo nada.

Se mordió los labios, palideciendo intensamente.

—Te entregaría a los hombres, aunque fuese sólo para tener una especie de idea de lo que piensan hacer con nosotros.

El otro se estremeció.

—¡No he mentido, Imk!

—Mejor para ti.

Y después de una pausa:

—¿Recuerdas que, hace unos doce años, me hablaste de algo a lo que llamabas «ultratempo»?

—Sí.

—¿Lograste lo que te proponías?

—Sí…, en cierto modo.

—¿Qué quieres decir?

—Que conseguí la máquina, pero con efectos limitados.

—¡Explícate!

—Logré todo lo que deseaba, pero los efectos de «proyección» no pueden ser mayores de cuatro semanas.

—¿Por qué?

—Porque no poseemos la fuente de energía que podría prolongar los efectos de proyección más tiempo.

Imk sonrió.

—Creo que cuatro semanas serán bastantes.

—¿Qué te propones?

—¡Modificar el pasado! He sabido, a ciencia cierta, que lo ocurrido a Imssa proviene de aquel tiempo. Imik el Fuerte, mi antepasado, se casó con una mujer llamada Arissa, tornándola por una «souk». No sé cómo los hombres que tendieron esta trampa lograron engañar a Imik. Pero así fue. Y la herencia de aquella víbora, humana como era, ha ido debilitando la «conciencia segunda» de nuestras mujeres, hasta que Imssa se ha abierto por completo a los pensamientos de los hombres-telépatas.

—Comprendo.

—Enviando a alguien al pasado, podremos evitar que esto ocurra. Y así nos salvaremos.

Doluk miró a su jefe con admiración.

—¡Es una idea maravillosa, Imk!

—No es que sea maravillosa: es la única que tenemos para salvarnos de esta terrible situación.

—¿Y cómo lograrlas borrar ese error del pasado?

—¡Matando a Imik y haciéndolo sustituir por el hombre al que enviaremos!

—¿Vrem?

Imk torció el gesto.

—No, mi primogénito no posee el valor que se necesita para una misión como ésta: es un «souk» puro, ablandado como nosotros en el curso del tiempo…

—¿Quién, entonces?

—Dunt, mi hijo menor.

Hubo una pausa; luego el jefe continuó:

—Sí, es el único. Dunt sigue poseyendo los caracteres de los viejos «souk»; de todos los actuales, es el único que se distrae luchando y cazando. ¡La vieja sangre «souk» late en sus venas!

—Tienes razón.

—Él irá al pasado y matará a Imik, tomando el poder y haciendo imposible el fatal matrimonio con aquella víbora. Modificaremos la historia y lo que ha ocurrido con Imssa no pasará…

—¡Pero la has mandado matar!

—¿Y eso qué importa? Te la entregaré a ti, para que la guardes en la cámara del frío. Su despertar será la señal de que Dunt ha triunfado en su empresa. ¿No es así?

—Sí, así será.

—¿Dónde está tu máquina?

—Allí.

Caminaron hasta detenerse junto a una especie de plataforma sobre la que había un sillón.

—¿Seguro que funciona?

—Sí. Yo mismo la he utilizado en algunas pequeñas pruebas…

Se abrió la túnica, mostrando un extraño tatuaje que tenía en el hombro derecho y que tenía la forma de la letra griega sigma.

—¿Qué es eso? —inquirió Imk.

—Lo necesario para volver de los viajes del pasado.

—¿Un tatuaje?

—No, aunque lo parezca… es, en realidad, una pieza de un metal especial, el «ninikrón», capaz de mantener contacto, a través del tiempo, con mi máquina. Cuando se desea volver, la máquina, que no ha perdido el contacto con el viajero del tiempo, actúa rápidamente sobre él.

—Comprendo.

—¿Crees que tu hijo tendrá tiempo suficiente con esas cuatro semanas de que puede disponer?

—Estoy seguro; pero, si no fuese así, lo enviaríamos de nuevo.

—No puede ser.

—¿Por qué?

—Porque mi máquina no puede enviar a nadie al mismo sitio dos veces seguidas. ¡Y tenemos suerte de que mi curiosidad me haya

llevado solamente a épocas de la Tierra, mucho antes de que llegásemos nosotros a ella! Si hubiese visitado la época del dominio de Imik el Fuerte, no hubiésemos podido enviar a tu hijo allá.

—Bueno…, le daré instrucciones para que aproveche el tiempo. Voy a llamarlo…

Pero no hubo necesidad de hacerlo.

La puerta acababa abrirse y un joven alto, de porte atlético y cabellos rubios, penetró en el laboratorio. A diferencia de todos los «souks», iba vestido con un uniforme de caza, altas botas y guantes que le llegaban hasta el codo, dejando ver parte de un brazo fornido y curtido por el sol.

Miró a los dos hombres; luego, acercándose a Imk, exclamó:

—¡Padre!

—¿Qué quieres?

—He encontrado a Vrem…, me ha dicho que ha matado a Imssa.

—Es verdad.

Los ojos azules del joven relampaguearon.

—¿Era necesario? —inquirió.

—Sí.

—¿Por qué? Si alguien es culpable de lo que ha pasado, y lo ignoro todavía, podías habérmelo dicho a mí. ¡Yo le hubiese dado su merecido!

—Es imposible. Haz funcionar tu «mente segunda» y entérate de lo que ocurre; puedes leerlo en mi cerebro.

Obedeció el muchacho, pero ni su padre ni el sabio leyeron en su rostro el menor asomo de miedo.

—¿Lo has visto? —inquirió el primero.

—Sí, padre; pero también he visto que mi hermana no tenía culpa alguna de lo ocurrido. ¿Como podía ella saber que por una ley hereditaria, que nosotros no hemos podido descubrir, iba a ceder a la influencia telepática de los hombres? Además, si esos hombres intentan atacar el palacio, ¿por qué no organizamos una defensa armada?

—¿Estás loco?

—No, padre. Somos cinco mil y poseemos una inteligencia superior a la de los hombres. A pesar de que las defensas fallen, podemos demostrarles que no somos una banda de…

—¡Basta! —La voz de Imk estaba repleta de cólera—. ¿Crees que

puedes juzgar la situación mejor que tus mayores?

Dunt se mordió los labios.

—Perdona, padre.

Hubo una pausa; luego Imk explicó detalladamente el proyecto que habían formado.

—Es nuestra única solución —explicó el jefe.

—Lo comprendo, padre; pero ¿es necesario matar a Imik el Fuerte?

—Sí. Es una orden.

—La cumpliré.

—No olvides que de tu actuación depende la salvación de nuestra raza. Cualquier error o vacilación puede sernos fatal… Pero —miró fijamente a su hijo— te advierto, noblemente, que si Imssa no despierta de su muerte, prueba de que has fallado, nunca más volverás a nuestro lado y te quedarás en el pasado, muriendo de vergüenza al pensar que los tuyos están siendo acuchillados y paseados sus cadáveres por las calles de la ciudad.

—Lo cumpliré todo.

—Eso espero.

Imk se volvió al sabio.

—Cuando quieras.

—Tendré que hacer el tatuaje primero.

—Bien.

El joven se desnudó el hombro derecho, sentándose en una silla metálica mientras el sabio ponía en el crisol el metal que, al fundirse, tomó la forma de la letra griega. Con aquel trozo al rojo, en una pinza, se acercó a Dunt.

—Voy a anestesiarte un poco —dijo.

El joven negó, con un enérgico movimiento de cabeza.

—No, no es necesario.

Los dos hombres se miraron y hubo un brillo de orgullo en las pupilas de Imk. Acercándose al joven, Doluk posó, después de un gesto de duda, el metal al rojo sobre la piel.

Una humareda escapó de la carne, al mismo tiempo que un olor desagradable se extendía por la estancia.

El jefe y el sabio retrocedieron con la faz pálida.

Mordiéndose los labios, Dunt resistió el dolor; luego, poniéndose en pie, dijo:

—Ya estoy dispuesto.

Y marchó hacia la máquina del tiempo.

* * *

El hombre cerró los puños, a la vez que abría los ojos. Miró a los otros que estaban rodeándole, y con voz apagada exclamó:

—¡La han matado!

Hubo un silencio; luego uno de ellos preguntó:

—Eso quiere decir que han descubierto nuestro plan, ¿verdad?

—Sí.

Volvió a entornar los ojos y en voz baja continuó:

—¡Esperad, amigos! Hay otra de esas mentes que vacila… Los libros tenían razón…, es otra «souk»… Ahora, gracias a ella, voy a saber lo que ha pasado…

Hubo una larguísima pausa; después gritó:

—¡Ya veo! ¡Se han reunido en el laboratorio y están preparándose para enviar a un joven hacia el pasado!

—¿Eh?

—Sí. El jefe maldito ha adivinado la verdad… o quizá la haya leído en nuestras mentes. ¡Van a matar a Imik el Fuerte e impedir que Arissa se case con él! ¡Estamos perdidos!

—¡No! —gritó uno de ellos—. Yo penetraré esta noche en el palacio y obligaré al viejo Doluk a que me envíe junto a ese que va a destruir el pasado…

CAPÍTULO III



ucedió como si un aullido espantoso, seguido de una vibración fortísima, invadiese su cerebro. Incapaz de resistir aquel doble efecto, tuvo que buscar en el desvanecimiento la única salida a la insoportable tensión que le circundaba como una vorágine invencible.

Cuando recobró el conocimiento, y eso ocurrió mucho antes de que se decidiese a abrir los ojos, tuvo dificultades mentales, pero, aun en aquel estado, tuvo la prudencia de no utilizar la «mente segunda». Fue un acto que le salvó la vida, como pudo darse cuenta después.

Al abrir los ojos se percató de que se encontraba en un callejón, de una ciudad desconocida. Era de noche y la iluminación, visible al final del callejón y que debía corresponder a una gran avenida, era mucho menos intensa de lo que podía esperarse.

Estaba sentado en el suelo, apoyado contra la pared fría de una casa. Levantando la cabeza hacia el cielo tachonado de estrellas, vio

unas luces que iluminaban la ciudad como relámpagos de una tormenta sin ruido, procedentes de potentes reflectores.

Se puso en pie y comprobó que había recuperado sus fuerzas; luego, pasándose la mano por el cuerpo, se percató de que llevaba puestas las ropas terrestres que Doluk le había ordenado vestirse antes de subir a la silla de la máquina del tiempo.

¿Era posible que, en menos de un segundo, hubiese retrocedido trescientos años?

Incapaz de precisar el lugar donde se encontraba, abandono el callejón, deseoso de averiguar dónde se hallaba. Al desembocar en la calle, vio que la gente andaba pegada a los muros de las casas y que levantaba la mirada hacia el cielo, medrosamente, con un gesto de pavor en el que había también una llamarada de cólera.

Anduvo un poco, preguntándose muchas cosas; hasta que, de pronto, alguien surgió de la oscuridad, cogiéndole del brazo y arrastrándole, por la fuerza, hasta la proximidad de la pared.

—¿Te has vuelto loco?

—¿Por qué?

—¡Están matando todo lo que ven con sus malditos reflectores! ¡Los muy canallas!

Y señaló el cielo donde, justo en aquel momento, un rayo de luz surgió, cayendo sobre la ciudad. Casi inmediatamente, una punta azulada surcó el espacio, sin que sonido alguno la acompañase.

—¿Qué es eso?

—¿Cómo? ¿No lo sabes? ¿De dónde vienes?

—De lejos; de Europa.

—¿Y no pasa allí lo mismo?

—Cuando salí no ocurría nada.

—Pues tuviste suerte. La televisión ha dicho que en todo el mundo sucede igual… ¡Llevamos seis horribles noches así! Durante el día, como deben temer nuestra artillería antiaérea, no aparecen y se van lejos, más allá de la estratosfera, luego vuelven, al caer la noche, y se dedican a destruir nuestras defensas, valiéndose de la invisibilidad de sus aparatos… ¡Malditos cobardes!

—¿Se sabe quiénes son?

—No. Invasores del espacio. Hacia tanto tiempo que se hablaba de una posibilidad como ésta, que nadie lo creía. Desde hace mucho tiempo, desde antes de la Tercera Guerra Mundial, y te hablo de

cinco siglos atrás, los hombres estaban seguros de que iban a ser atacados por seres del espacio. ¡Ahora ha llegado el momento!

—Y… ¿no podremos defendernos?

El otro contestó:

—No lo sé. Están radiando avisos, prometiendo no matar a nadie si ondeamos bandera blanca…, ¡pero vete tú a fiar! Por el momento, estamos dispuestos a luchar. ¿Qué se han creído? Si quieren conquistar a nuestro viejo planeta, tendrán que pasar por encima de nuestros cadáveres.

Habían llegado a una plaza y el hombre se detuvo, mirando al joven.

—Me llamo Jack —dijo— y voy a hacer mi guardia en las baterías. Creo que, si tenernos un poco de suerte, esta noche probaran esos malditos nuestros proyectiles.

—¿Algún plan nuevo?

—Sí. Han llamado a los telépatas y ellos, mejor que ningún otro aparato, podrán localizar esas astronaves y dar su situación a los artilleros. ¿Quieres venir conmigo?

—Estoy buscando a una… —sonrió— chica. Se llama Arissa. ¿La conoces?

El otro soltó una carcajada.

—¡Buen momento para pelar la pava! Aunque con el amor no hay circunstancias especiales. No, amigo mío, no conozco a ninguna Arissa; pero por su nombre, debe de ser de una familia importante. Mañana pasaré por aquí, a esta misma hora… Si deseas unirte a nosotros, antes de que te requisen en otro equipo de defensa, te presentaré a nuestro jefe.

—Ya lo pensaré…

—Bien —tendió la mano que el muchacho estrechó—. ¡Buena suerte y mucho cuidado!

—Adiós.

Vio al otro que se alejaba y cuando hubo desaparecido por una esquina, Dunt empezó a cruzar la plaza…

Una especie de chasquido surgió de su «mente segunda», a pesar de que la había aislado por completo. Fue como un aviso y obedeciendo al impulso que le imprimía, dio un salto, corriendo hacia la acera.

¡Shiisssss…!

El reflector y el relámpago azulado surgieron casi al mismo tiempo. Y en el lugar exacto en que segundos antes había estado el joven, un orificio negruzco y humeante, como un cráter apagado, quedó como muestra del disparo que provenía de la astronave.

No pudo evitar un estremecimiento.

No era miedo, sino la reflexión concreta de que había estado a unos centímetros de la muerte… ¡reducido a átomos por los suyos!

—¡Has escapado!

La exclamación de la muchacha le sorprendió. Se volvió para contemplar a la joven que le miraba con sus grandes ojos abiertos.

Le sonrió amistosamente.

—¡Lo he visto! —dijo ella—. ¡Nunca creí que lograses escapar! He visto a docenas de desdichados caer bajo el «rayo azul»; ninguno de ellos pudo evitarlo. ¿Cómo lo has conseguido tú?

Dunt se encogió de hombros.

—Acababan de decirme que no cruzase la plaza. Estaba distraído y empecé a hacerlo. De repente, cuando estaba ahí y señaló el cráter humeante, —recordé la advertencia y me volví corriendo. Fue en ese momento cuando me dispararon.

—¡Has tenido mucha suerte! Mis dos hermanos murieron, anoche, de la misma manera. Y lo peor es que están destruyendo las baterías.

—¿Es posible?

—Sí.

—Me habían hablado de los telépatas. Van a ponerlos en las baterías.

—¿Ah, sí? ¡Quiera Dios que de resultado! Porque, si no es así, acabarán con nosotros en unos pocos días más… ¿No vienes a la reunión?

—¿A la reunión? Perdona, pero acabo de llegar a la ciudad y no sé aún nada de nada.

Ella, con acento amistoso, le invitó:

—Ven conmigo. Desde el momento que has llegado a la ciudad, puedes considerarte como uno de los nuestros. ¡Ven conmigo!

Lo cogió del brazo familiarmente. Y rozando las paredes, sin alejarse de la zona protectora que ellas formaban, siguieron hacia el norte de la ciudad, deteniéndose, minutos más tarde, junto a un edificio, en el que penetraron por una pequeña puerta,

descendiendo hasta el sótano, que debía haber sido un teatro, y que ya se encontraba abarrotado de gente.

Había, en el fondo, una estrada con una mesa alargada y que estaba ocupada por media docena de hombres, todos ellos jóvenes, excepto uno que ocupaba el lugar central y que tenía los cabellos completamente blancos.

—Siéntate aquí —le dijo la muchacha.

Obedeció. Se escuchaba un rumor apagado de conversaciones, lo que demostraba que la reunión no había empezado todavía. Momentos más tarde, el hombre canoso se levantó y un silencio completo se hizo en la sala.

—Amigos —dijo el hombre, con una voz llena de armoniosas inflexiones—: nos hemos reunido aquí para pasar revista a los últimos detalles de nuestra situación…, que no es, por desgracia, todo lo brillante que desearíamos…

»En efecto, según acaban de comunicarme, los agresores han destruido la mayor parte de nuestras defensas antiaéreas. Los grupos de telépatas que iban a ser destinados a muchas de ellas, han tenido que permanecer en sus bases, en espera de la llegada del día, ya que el bombardeo con el "rayo azul" les impedía acercarse.

»Pero no es eso lo peor…

Miró a su alrededor y sus ojos adquirieron un brillo metálico, como si toda la voluntad que vivía con él, en su pecho, se concentrase en sus pupilas.

—Los seres que nos atacan deben poseer, sin duda alguna, además de ese armamento desconocido, otras poderosas armas que nada tienen que ver con los rayos azules. Me refiero a los poderes mentales.

»Nuestros gobernantes han admitido Las condiciones de la rendición dictadas por el enemigo.

Fue como si una bomba hubiera caído allí dentro. Durante una docena de minutos los gritos, los rugidos y las exclamaciones formaron un estrépito espantoso; luego, cuando el silencio se hizo el hombre prosiguió diciendo:

—Comprendo vuestra indignación, que también he sentido yo al saber la noticia, sobre la que no puede haber duda alguna. Pero hemos de considerar que los hombres que nos gobernaban no poseen esa integridad nuestra, ese amor a la liberalidad, esa

conciencia de hombres, de habitantes de esta vieja Tierra, que queremos conservar para nosotros.

»Estoy seguro de que las influencias mentales de los invasores no hubiesen hecho mella en nuestros espíritus. En los cerebros reblandecidos de esos impotentes que nos representaban, las amenazas o las promesas encuentran terreno abonado.

»Por desgracia, ignoramos qué cláusulas hayan podido firmarse entre el enemigo y esos gobernantes indignos; pero, de todos modos, mañana vamos a hacer un desesperado intento, ya que hemos sabido que un desembarco de astronaves va a tener lugar en las proximidades del barrio residencial, cerca de las colinas.

»Todos vosotros sois jefes de grupo y por eso se os ha llamado aquí. Vuestros hombres están esperando instrucciones concretas y arden en deseos de combatir positivamente, de poder, incluso, morir peleando contra los que desean hundirnos en una esclavitud espantosa.

»Corred junto a ellos y decidles que pueden prepararse porque mañana tendrán ocasión de luchar como hombres por la defensa de la humanidad.

Una ovación delirante estalló, seguida de gritos en los que estaba impreso el deseo de lucha, el ansia del combate.

Odila, cogiéndole del brazo, le llevó a través de las calles oscuras.

—¿Dónde vamos? —inquirió él.

—A uno de los puestos de combate. Quieres luchar a nuestro lado, ¿verdad?

—Sí.

Experimentaba una sensación rara, algo con lo que no había contado y que, no obstante, hacia latir su corazón más aprisa. Quizá fuera por la diferencia que había entre él y los otros «souks», los que había dejado en el palacio, temerosos y temblones, asustados como conejos.

Por eso se encontraba más natural junto a estos hombres y estas mujeres, dispuestos a luchar y morir por la defensa de lo que amaban. Había visto un entusiasmo tan grande, una fe tan profundamente arraigada en aquellos seres que se sentía a gusto junto a ellos.

Y, sin embargo… «sabia» que todos aquellos esfuerzos iban a ser

inútiles.

¿Inútiles?

¡No, puesto que él estaba allí para remediar una situación que pasando de la derrota a la que asistiría al día siguiente, llegaría a la victoria completa, tres siglos después, con la toma del palacio por los hombres!

Cosa que, justamente, había venido él a evitar.

—¿Estás triste? —inquirió la muchacha, que seguía cogida a su brazo.

—No. ¿Por qué?

—Por esa cara larga que muestras.

Dunt sonrió.

—No, estaba pensando en muchas cosas, pero no tiene importancia.

—¡Ya verás cómo ganaremos! —exclamó ella, con las mejillas arreboladas por el entusiasmo y la esperanza.

—Sí, estoy seguro.

—¿No te has fijado en Olivier?

—¿Quién es?

—El que ha hablado. Es un profesor de la Universidad que lo ha abandonado todo para luchar a nuestro lado. Su hijo John cayó, hace una semana, muerto por el «rayo azul», pero su hija no se ha movido de una batería a la que fue destinada al principio. ¡Es una muchacha tan hermosa como valiente! ¡Si la vieras! Todo el mundo habla de Arissa…

El joven se estremeció.

—¿Has dicho Arissa?

—Sí. ¿La conoces?

—No, pero es un nombre extraño.

—Es un nombre muy bonito.

—Es verdad.

—Ya la verás. Se ha convertido en una verdadera heroína popular; todo el mundo la idolatra.

—Lo comprendo.

Habían dejado atrás los arrabales de la ciudad y avanzaban ahora a través de un parque oscuro. De vez en cuando, a derecha e izquierda, se adivinaban, más que veían, las siluetas de los cañones de la DCA, que erguían sus gigantescas moles y también de vez en

cuando tropezaban con alguna rampa de proyectiles dirigidos.

Finalmente. Odila tomó un camino a la derecha, que desembocaba en una pequeña planicie donde había una rampa de proyectiles.

Un hombre salió a su encuentro y al reconocerla dijo:

—¡Hola, pequeña!

—Hola, Furton. Traigo un voluntario con nosotros. Hemos estado en la reunión que ha convocado el profesor Olivier.

—También ha estado el jefe. Acaba de llegar con excelentes noticias.

—Voy a presentar a este muchacho.

—Bien. Está donde siempre.

Avanzaron, dejando al centinela en su puesto. Una casa de un solo piso les cortó el paso. Había luz en el interior, pero las ventanas estaban cubiertas con láminas de plástico azulado que impedían se viese el reflejo.

La estancia, única, estaba llena de hombres.

Cuando los dos jóvenes entraron, se hizo un silencio y todos les miraron con simpatía y curiosidad.

—Traigo a un nuevo voluntario —dijo Odila, acercándose a un hombre de unos treinta años, de expresión noble.

Después, dirigiéndose a Dunt, continuó:

—Éste es Helior, el jefe de la base.

Se estrecharon la mano y el recién llegado se presentó a su vez.

—Me llamo Dunt.

¿Qué importaba utilizar aquel nombre si ellos ignoraban aún que era uno de los elegidos por los «souks»? No obstante, al presentarse, se sintió intranquilo y molesto, como si no le agradase aquel camino de traición e hipocresía que su padre le había obligado a tomar.

Sin embargo, como «souk» tenía que obedecer.

—Éstos —dijo Helior, señalando a tres jóvenes que estaban a su derecha— son los telépatas que han llegado hace un rato. Ya sabéis que los invasores utilizan algo para mover sus naves que escapa a todos nuestros procedimientos de detección. Por eso, con los telépatas, creemos que podremos hacerles morder el polvo.

¡Si Dunt hubiese podido sonreír!

Pero le era imposible; todo lo contrario: una sensación de

amargura se apoderó de él.

Porque sabía que los esfuerzos de los telépatas iban a ser tan inútiles como todos los medios utilizados por aquellos desdichados.

Los «souks», en efecto, utilizaban un procedimiento especial para moverse en el espacio. Se trataba de un aparato que les permitía pasar de un lugar a otro con una «instantaneidad» absoluta, haciendo imposible cualquier procedimiento de defensa contraria.

Pero no dijo nada.

Sólo él, con su «mente segunda» hubiese sido capaz de dirigir los disparos de los proyectiles con una precisión perfecta.

Y esto no lo haría jamás.

Capítulo IV



legaron silenciosamente junto a las murallas metálicas de palacio. Habían recibido instrucciones concretas del Consejo por las Libertadas Humanas sobre la manera de abrirse paso por un lugar de las murallas que desembocaba en un pasillo que conducía hasta el laboratorio subterráneo de Doluk.

Brann, el audaz joven que se había presentado voluntario para ir en busca del «souk» enviado al pasado, se había hecho acompañar por Himer, uno de los mejores telépatas de que disponía el Consejo y que le facilitaría su labor hasta haberle dejado camino del pasado.

No fue difícil, conociendo la clave de las defensas, atravesar aquella muralla en la que, durante tres siglos, habían confiado los déspotas para gobernar el mundo. Una vez dentro. Himer se orientó haciendo funcionar sus medios intuitivos, llevando a su compañero por los lugares donde no podían encontrar a nadie.

Himer realizaba una prospección mental con la que era capaz de

conocer la presencia de un ser humano más allá de las posibilidades de una criatura corriente. Así, sin ninguna clase de obstáculos, llegaron ante la puerta del laboratorio que, como las que se habían encontrado antes, se abrió, gracias a las fórmulas secretas que los hombres habían obtenido del cerebro de Imssa.

Los dos jóvenes penetraron en la estancia y se abalanzaron sobre él sorprendido Doluk, cuyo rostro mostró pronto el terror que experimentaba.

—¿Eh? —gritó el viejo sabio.

Himer le cogió por el cuello.

—¡Calla, viejo zorro! ¡Y no olvides que soy telépata! No puedo saber si con tu maldita «mente segunda» avisas a alguien; pero si puedo saber si alguien se acerca… Y, si eso ocurre, te cortaré el cuello.

La expresión de la cara de Doluk evidenciaba su deseo de vivir y el telépata aflojó la presión de sus dedos en la garganta del profesor déspota, seguro de que éste no llamaría a nadie.

—¿Qué queréis? —inquirió con voz temblorosa.

—Hemos sabido —dijo Himer— que habéis enviado a uno de los vuestros al pasado, con objeto de evitar un hecho que ha dado como resultado, trescientos años después, que nosotros conozcamos los secretos de vuestras defensas…

La palidez del sabio se hizo cerúlea. Y tuvo que apoyarse en una mesa, ya que las piernas se negaban a sostenerle.

—¿Sabéis eso…? —balbució.

—Ya lo ves. Y puedes imaginarte a lo que venimos.

—No… de verdad… no lo sé.

—Pues voy a explicártelo enseguida. ¡Quiero que envíes a este hombre al pasado!

—¡Es imposible!

—No lo es. Si no lo haces, te arrepentirás lo poco de vida que te dejaremos, viejo sapo. ¿Dónde está tu máquina?

—Allí.

—¿Y por qué dices que no puedes enviar a éste al pasado?

—Es verdad… mi máquina no permite el hacer dos envíos a una misma época.

—Eso no importa… ¿qué margen de tiempo puede existir entre dos envíos?

—Tres meses como mínimo.

—Perfecto. Enviarás a éste tres meses después de la llegada de vuestro agente. ¿Quién es el asesino que habéis enviado?

—Dunt, el hijo menor de Imk.

—¿Cómo podrá reconocerle Brann?

El viejo dudó, pero el telépata, que había sacado un cuchillo, colocó su punta acerada en el arrugado cuello del profesor.

—¡Di la verdad!

Doluk estaba aterrorizado.

Tardó unos segundos en contestar; luego, desabrochándose la túnica, contestó:

—Lleva una marca como ésta en el mismo sitio.

—¡Mírala bien, amigo!

Brann sonrió ferozmente.

—No te preocupes, Himer: jamás la olvidaré.

Doluk había estado a punto de decir que aquello, más que una marca, era el requisito necesario para regresar al presente; pero, dominándose, se dijo que, aunque obligado a mandar a aquel terrícola al pasado, por lo menos, en cierto modo, saldría victorioso dejándolo para siempre en aquella remota época.

Momentos después, Brann subía al sillón de la Máquina del Tiempo, sonriendo a su amigo.

—Creo que llegarás un poco tarde —dijo Himer—; pero, de todos modos, aunque ese canalla de Dunt haya logrado estropear las cosas, puedes arreglarlas. Ponte en contacto con los nuestros de aquella época y explícales lo ocurrido. Les costará creerte, pero podrás convencerlos, dándoles cuantas pruebas necesiten. Las llevas, ¿verdad?

—Sí, no te preocupes.

Himer se volvió al sabio.

—¡Ya puedes poner la máquina en marcha, gusano!

Doluk obedeció.

Un reflejo azulado, de intensidad cegadora, envolvió la figura del joven sentado en el sillón; bastaron unos pocos segundos para que Brann desapareciese, como tragado por el torbellino del espacio-tiempo.

—Ya está —dijo el viejo—. Como ves, he cumpli…

No pudo terminar la frase.

El cuchillo del telépata le atravesó la garganta, de la que salió un borbotón de sangre negruzca. Con los ojos desmesuradamente abiertos, tanto por la sorpresa como por el terror, Doluk sintió que la muerte llegaba hasta él.

Y aunque intentó utilizar su «mente segunda», la agonía cortó a ras sus esfuerzos, lanzándole al pozo sin fin de la muerte.

* * *

Amanecía…

Dunt se levantó, observando que todos sus compañeros estaban ya en pie. Recibió, como cada uno de ellos, un desayuno frugal. Luego salieron al exterior.

La rampa se levantaba majestuosa sobre la tierra cubierta de una capa de césped cuidado. Allá, al frente, se levantaba, inmensa, la colina, donde debía erguirse, a pesar de los esfuerzos de aquellos hombres, el palacio inexpugnable de los «souks».

Al pensar en aquello, Dunt no pudo evitar una tristeza especial, maldiciendo lo que por su posición especial debía saber. De todos los que le rodeaban era el único que, con una seguridad completa, podía conocer el curso que tomarían las cosas en un futuro que se prolongaría durante tres largos siglos.

Los hombres ocuparon sus puestos y Dunt, junto a Odila, fue destinado a la sección de control electrónico, al lado de Helior. Los telépatas se reunieron en una casamata vecina.

El sol salió a la espalda de la rampa, inundando de claridad la llanura. Pero ya, desde hacía tiempo, la cumbre de la colina brillaba intensamente.

Durante las dos primeras horas no ocurrió nada en absoluto; después, bruscamente, los «rayos azules», que parecían surgir de la nada, tan rápidamente se movían las astronaves de los «souks», empezaron a caer por doquier, dejando en su pos, humeantes cráteres.

Una gran parte de las baterías y de las rampas fueron destrozadas, aniquiladas en aquel primer brutal ataque.

Dunt se percató de que nada podía hacerse contra aquellas siluetas que, apareciendo como vagas sombras, no estaban en el cielo más que una cortísima fracción de segundo, surgiendo a cien

kilómetros poco después.

El joven sabía perfectamente que los suyos estaban utilizando las portentosas facultades de su «mente segunda», con la que, además de adivinar las intenciones de sus enemigos, preveían sus más mínimas reacciones, sabiendo exactamente lo que se disponían a hacer segundos antes de que la idea pasase al campo de la acción real.

¿Cómo querían aquellas pobres criaturas defenderse contra un poder que ni siquiera podían imaginar?

Todavía no habían oído hablar de la «mente segunda», ni conocían su ilimitado poder. Y sus armas, su valor, su coraje y su desprecio a la vida no les serían de utilidad alguna.

Porque el destino había decidido lo contrario.

Fue entonces, segundos más tardes, cuando un latigazo terrible, uno de aquellos «rayos azules» golpeó con una brutalidad espantosa la casamata donde se encontraban los telépatas, barriéndola y convirtiéndola en un pozo negruzco y humeante.

Pero la explosión, siendo tan próxima, barrió también gran parte de la casamata que ocupaba Dunt y sus nuevos amigos, Helior, el jefe de aquel grupo, cayó muerto junto a la puerta del recinto y Odila lanzó un grito.

Volviéndose hacia ella, el joven vio que la sangre salía abundantemente de su hombro, que un impacto directo había destrozado.

—¡Odila!

Ella le sonrió.

—No es nada, amigo… ¡Sal de aquí! Huye, por favor… No hay nada que nacer… ya lo ves.

Había una expresión de desconsuelo tan intenso en los ojos de la muchacha que Dunt no pudo evitar una impresión de tristeza como jamás había sentido.

Al mismo tiempo y sin saber exactamente por qué, su «mente segunda» le previno de un peligro que se dirigía directamente hacia él. Una astronave «souk», pasando en el espacio, con uno de sus formidables saltos, se disponía a lanzar una andanada sobre aquella casamata, una de las pocas que quedaban en pie.

Reaccionó con la impetuosidad de un relámpago.

Se acercó al mecanismo electrónico y marcó las coordenadas

hacia las que se dirigía el cosmonavío. Oprimió el botón del disparo en el momento preciso y el proyectil salió de la rampa, hacia una zona del espacio donde nada se veía.

Pero, segundos después, una explosión horrísona abrasaba el cielo.

¡Por primera vez, una astronave invasora había sido destrozada!

Sin perder tiempo, Dunt se cargó con el cuerpo de la muchacha, que se había desmayado, y salió de allí, seguro de que los asaltantes concentrarían su fuego sobre la casamata.

Corriendo a través del bosque, cuyos árboles estaban mutilados por doquier, penetró en la ciudad, comprobando que la huida era general y que hombres, mujeres y niños corrían para ocultarse fuera del alcance de los terribles «rayos azules».

Sin saber exactamente hacia dónde dirigirse, Dunt siguió una avenida, marchando cuidadosamente junto a las paredes; después, al cabo de una docena de minutos, se detuvo ante una farmacia, pensando que debía buscar algo para curar a la muchacha.

No había nadie en el establecimiento que, como todos los de la ciudad, había sido abandonado y el joven se apropió de cuanto juzgó necesario; luego, volviéndose a cargar a la muchacha, continuó su huida, tomando una calle transversal y estrecha que le llevó a las ruinas de un edificio, que los «rayos azules» habían casi totalmente destruido y en cuyos sótanos terminó por esconderse, encontrando un lugar apropiado para dejar a la muchacha, de cuya herida se ocupó seguidamente.

Consiguió limpiar bastante bien la herida, frunciendo el entrecejo al comprobar que era muy profunda y que debía haber interesado el hueso. Hizo un vendaje fuerte, arregló un lecho provisional para la muchacha y se sentó a su lado, reflexionando amargamente por lo que había hecho.

Había cometido un error grave.

Porque la destrucción de una astronave «souk» iba, sin duda alguna, a plantear un serio problema a los invasores, ya que aquello no hubiese ocurrido jamás sin la existencia de una «mente segunda» que guiase el proyectil con aquella precisión matemática, «adivinando», «sabiendo» por anticipado la posición que el navío iba a ocupar en el espacio.

¡Pero no había podido evitarlo!

Al ver que todos sus compañeros, que todos aquellos valientes, que tan bien se habían portado con él, morían cobardemente asesinados por aquellas armas destructoras, y sobre todo, el haber visto caer a Odila herida gravemente, le había impulsado a aquel acto de rebeldía contra su pueblo.

¡No, no pudo evitarlo!

Verdad era que su error podía traerle funestas consecuencias, ya que al destruir la astronave había despertado la desconfianza de los suyos y torcido definitivamente el curso de la Historia. Porque ¿qué se derivaría de su loca acción?

Estaba cansado y terminó dejándose caer al lado de la muchacha. Al extender su mano, que cayó sobre el brazo desnudo de ella, notó que la piel de Odila ardía de fiebre.

* * *

Dos días más tarde, después de una fase aguda llena de pesadillas, Odila salió a flote, delgada, deshecha, con amplias ojeras, pero con una magnifica sonrisa en los labios.

—¿Te sientes mejor? —le preguntó él.

—Estoy bien… ¡y me muero de hambre!

Dunt sonrió.

—Yo también tengo apetito. Llevo tres días sin probar bocado.

—¿No has salido de aquí?

—No. Pero voy a hacerlo ahora… ya que estás bien.

—Eres muy bueno, Dunt.

Él acarició sus cabellos castaños y, poniéndose en pie, sin dejar de mirarla, dijo:

—Volveré enseguida con algo que comer.

—Ten cuidado.

Dunt salió, caminando hacia la avenida próxima. Había gente en las calles, en grupos que hablaban en voz baja. Y de repente, por el otro extremo de calle, surgió un grupo de robots.

Eran máquinas desconocidas para los humanos y que imponían por su colosal tamaño. Marchaban en perfecta formación y sus potentes pulmones mecánicos dejaban resonar las palabras que les habían sido dictadas:

—¡Humanos! ¡Imik el Fuerte!, Señor de los «souks», dueños del

espacio y del tiempo, os saluda a todos, pues sabe que habéis comprendido la inutilidad de una lucha suicida contra los poderes de vuestros nuevos amos… La paz ha sido firmada por vuestros representantes y a partir de este día, primero de una nueva era, obedeceréis las órdenes que os sean dadas y trabajaréis por los «souks»…

»Vuestras ciudades serán reconstruidas y todo volverá, a marchar mejor que nunca. Detrás de nosotros, equipos especiales de hombres-mecánicos repartirán, completamente gratis, alimentos para todos. ¡La magnanimidad de Imik el Fuerte es muy grande! ¡Él ha olvidado todos vuestros errores y espera de vosotros la obediencia que se le debe!…».

En efecto, detrás de aquel grupo de robots, otro, que conducía vehículos extraños, iba lanzando hacia la gente paquetes de distinto tamaño. El gentío recogía al vuelo las preciosas vituallas y muchos, incapaces de esperar, los abrían allí mismo, devorándolo todo con ansia.

Dunt consiguió cuatro voluminosos paquetes, volviendo hacia el camino que conducía a las ruinas donde había dejado a Odila.

Comieron, sonrientes, calmando el hambre atrasada que les corroía el estómago.

Luego, tras haber bebido una botella que había en uno de los paquetes y que contenía un líquido azucarado, ella preguntó:

—¿Los has visto, Dunt?

—No. Eran robots.

—Comprendo. No quieren exponerse a la cólera popular.

Dunt sonrió con tristeza.

—Te equivocas, pequeña. Ya no hay cólera de ninguna forma.

—¿Qué quieres decir?

—Que todo ha pasado. He visto los rostros de la gente y no había en ellos nada que indicase que desearan seguir luchando. Se han dado cuenta, de la inutilidad de cuantos esfuerzos han hecho y de lo poco que ha servido el sacrificio de tantos como han caído en el combate. No, amiga mía, desean vivir en paz y han admitido, estoicamente, lo que el destino les ha impuesto…

Los ojos de ella brillaban como ascuas, como si la fiebre pasada hubiera vuelto de repente.

—¿Cómo puedes decir eso, Dunt? ¿Es que no eres un hombre?

—¿Qué tiene que ver eso?

—¡Claro que tiene que ver! ¿Crees que nosotros, los habitantes de este planeta, vamos a inclinar la cabeza ante esos… canallas? ¡Lucharemos! ¡Y si no podemos hacerlo cara a cara, lo haremos en la sombra, despacio, poco a poco, aunque tardemos trescientos años en lograr expulsar a esos canallas!

El joven se estremeció.

¡Trescientos años!

¿Cómo podía saber la muchacha…?

Aunque era evidente que sólo la casualidad podía haberle hecho pronunciar aquellas proféticas palabras.

La miró con atención.

Aun delgada como estaba, con aquella palidez que le había producido la lesión, podía verse que una belleza un tanto salvaje era como la expresión de su persona.

Sus largos cabellos negros, del mismo color que sus ojos, le caían sobre los hombros.

Sonrió levemente.

—¿Hay algo divertido en lo que he dicho? —inquirió ella.

—No —repuso él—. Eres tú la divertida.

—¿Por qué?

—Porque, sin que yo me diera cuenta, me he unido a una fierecilla dispuesta a pelear sea como sea contra los invasores.

—¿Es que no lucharás tú?

—¡Claro que sí, pequeña! Mañana, si te encuentras mejor, saldremos juntos y veremos lo que pasa por ahí. ¿De acuerdo?

Ella sonrió a su vez.

—Bien. Me has salvado la vida y debo obedecerte… hasta que no te vea retroceder ante el peligro. ¡Me asquean los hombres cobardes!

CAPÍTULO V



o hizo falta que les hiciese entrar. Su «mente segunda» le llevo el mensaje de los que al moverse por los largos pasillos del palacio en construcción, se iban acercando a él.

Desde el mirador de su amplísima sala, Imik el Fuerte, como lo harían sus sucesores, contemplaba la ciudad, allá abajo, con sus enormes edificios, la mayor parte casi reconstruidos después de la batalla. Más acá, los jardines donde el combate había sido más fuerte, empezaban a mostrar de nuevo su fisonomía de antaño, y los nuevos árboles, recientemente plantados, ponían una nota de verde majestuoso, una especie de río que separase la colina de la ciudad.

Los seis hombres entraron, en aquel momento, en la sala.

Imik no se volvió, continuando su observación de la ciudad. Los otros, en un respetuoso silencio, esperaron.

De repente, se volvió hacia ellos, mirándoles con los ojos brillantes, como si un fuego intenso viviese en ellos.

—¿Sabéis algo…?

Ninguno de ellos osó levantar la mirada del suelo brillante. Y aquel silencio fue como una respuesta que hizo que Imik frunciese el entrecejo.

Era un hombre alto, de amplísimas espaldas y rostro noble, a pesar de algunos rasgos que parecían poner una nota de brutalidad en su cara. Iba vestido con el traje de guerrero «souk», sin insignias de mando. Pero el porte de su persona era suficiente para hacer notar al más lerdo el poder que ostentaba.

—¡Lumik!

Uno de los hombres levantó el rostro; en su mirada había una luz de temor.

—Señor…

—¿Habéis ahondado en la ciudad?

—Por completo. Llevamos once días y once noches investigando todos los efluvios mentales de la ciudad, señor. Hemos descubierto la existencia de telépatas y sensitivos, aunque en pequeñísima cantidad; pero…

—¿Pero qué?

—No hemos encontrado rastro de lo que buscábamos.

Imik cerro los puños.

—¡Es absurdo, imposible, increíble! Veamos, ¿no derribaron una de nuestras astronaves?

—Sí…

—¿Y no es verdad que nadie, absolutamente nadie, podía hacerlo sin poseer una «mente segunda», un órgano como nuestro «hipercortical»?

—Es verdad.

—¡Pues eso demuestra que hay alguien que es como nosotros en esa maldita ciudad, alguien que con su poder puede echar abajo todos nuestros planes! ¿Comprendéis ahora, banda de estúpidos, que tenemos que encontrarlo, sea como sea?

Hubo un penoso silencio; luego, Imik gritó:

—¡Stubik!

Otro de los presentes levantó la cabeza.

—Di, señor…

—Tú eres el más sabio de todos nosotros y quien conoce mejor que nadie las propiedades de la «mente segunda». ¿No es verdad?

—Lo es, señor.

—Dime, entonces ¿cómo podemos descubrir a la criatura que la posee entre los hombres?

—En el momento que la haga funcionar, señor. Tenemos cien hombres con su «hipercortical» en constante funcionamiento. En cuanto vuelva a hacer funcionar su «mente segunda», lo localizaremos.

—¿Y si no lo hace?

—Es imposible, señor. Ese hombre ha utilizado sus poderes para destruir nuestro navío espacial, demostrando que es nuestro enemigo. ¿Por qué no va a seguir haciéndolo?

—¡Maldito sea! Mientras ande en libertad, no podemos estar tranquilos. ¿Como es posible que un hombre pueda poseer una cualidad que nunca supusimos fuera de los «souks»?

—Es un misterio —repuso Stubik—; un misterio que, por el momento, ninguno de nosotros puede explicarse.

Hubo una pausa; después, Imik continuó:

—¿Habéis pensado en lo que podría ocurrir si ese nombre, con «segunda mente», tuviese hijos? Todos nosotros sabemos que el «hipercortical» se hereda. Ahora suponemos que no hay más que uno; pero si no nos apresuramos a cazarlo y destruirlo, no estaremos a tiempo para hacerlo.

—¡Lo cazaremos, señor!

—Id y seguid vigilando, sin descanso… ¡Si es necesario duplicar la vigilancia mental! Pero pensad que adoptaré terribles medidas si no descubrimos a ese peligroso sujeto.

* * *

Habían recorrido parte de la ciudad, cuya recuperación se llevaba a cabo a gran velocidad; pero todavía, de vez en cuando, los «souks» hacían distribuciones de víveres, ya que la normalidad no era aún completa.

Ella le había guiado, de un lado a otro, preguntando en todas partes por los amigos de la muchacha.

Pero en todos sitios la respuesta era idéntica:

—Murió…

Y siguieron buscando.

—¡Es espantoso! —exclamó Odila—. ¡Todos los que eran capaces de luchar, de defender a esta banda de cobardes que ahora se pliegan a las órdenes del invasor! ¡Qué vergüenza!

—¿Qué quieres que hagan?

—¡Prepararse, reunirse, hablar de un futuro mejor! ¡Darse calor unos a otros, cerrar los puños con fuerza y pensar en los días de lucha que alguna vez, no lo dudes, llegarán!

—Es todavía muy temprano, Odila.

Ella contestó:

—¡Nunca es temprano para luchar por la libertad! Ya sé que ahora no se logrará nada, pero hay que mantener las mentes despiertas, hay que enseñar a nuestros hijos quiénes son sus enemigos… hay que hacer que aprendan a mirar al palacio que está levantando en la colina y decirles que un día, cuando sean hombres, asaltarán esa fortaleza de maldad, destruyéndola para siempre y exterminando a sus monstruosos ocupantes.

Dunt no podía evitar una emoción especial al oír hablar a aquella muchacha. A veces, sin saber por qué, pensó utilizar su «mente segunda» para investigar en el cerebro de Odila lo que verdaderamente pasaba. Porque temía que ella, sin saberlo, poseyese poderes especiales.

Pero el temor de ser descubierto y la seguridad de que los «souks» estaban pendientes de su presencia e investigarían, celosos de descubrir al que había conseguido destruir a uno de sus aparatos voladores, le retuvo siempre, diciéndose que ya tendría tiempo de saber qué propiedades poseía el cerebro de su compañera.

Odila se había recuperado por completo, su herida había cicatrizado y el joven no podía por menos de admirar su belleza, que tampoco pasaba desapercibida por las calles.

Y lo curioso era que, sin poder evitarlo, Dunt experimentaba una sensación desagradable cuando los ojos de otros hombres se posaban en su compañera, haciendo patente la admiración que sentían hacia ella.

Debido a una orden de los invasores, los dos jóvenes se vieron obligados a abandonar su vagabundeo por las calles de la ciudad y buscar trabajo, colocándose ambos en un taller de electrónica, a las órdenes de un viejo simpático y de mirada viva, llamado Jim Stuart.

Pronto supieron que Jim, en aquel sector de la ciudad, había

sido un organizador activo de la defensa de los humanos y Odila se sintió inmediatamente atraída hacia aquel hombre que, por su parte, al enterarse de que habían luchado en la Gran Batalla y que conocían a Olivier, se franqueó con ellos y los trató con toda confianza.

—Pronto empezaremos a organizarnos de nuevo —dijo el viejo con expresión de alegría—. Se va a formar un Consejo para la Defensa de la Humanidad.

—¿Te das cuenta, Dunt? —exclamó la joven, mirando a su amigo—. ¡Ya te lo decía yo!

—Me alegro mucho.

—El Consejo —dijo aún el anciano— estará formado, por los hombres más representativos de la ciudad y mantendrá relaciones con las otras ciudades del mundo, donde también hay delegaciones de los déspotas, ahora se llama así a los invasores. La misión del Consejo será, principalmente, la de educar a los telépatas, ampliando sus posibilidades para el futuro y estudiando todas las mentes que sean capaces de luchar contra el enemigo común.

Dunt se estremeció.

—Una de estas noches —dijo Jim—, tendremos la primera reunión, en la que me han dicho que habrá algunas sorpresas, ya que mucha gente que creíamos desaparecida o muerta sigue bien y ha estado escondida hasta ahora.

—¡Qué alegría me da usted! —exclamó Odila—. ¡Si Olivier estuviese aún vivo!

—No lo sé, pequeña…

—¿Y su hija? —inquirió Dunt.

—¿Te refieres a Arissa? —inquirió la muchacha.

—Sí.

—¿La conocíais? —preguntó Stuart.

—Yo no —repuso el joven—, pero Odila me ha hablado muchísimo de ella. Parece ser que se trataba de una muchacha extraordinaria.

Eli viejo asintió con un gesto de cabeza.

—Sí, yo también he oído hablar mucho de esa muchacha. Pero no he vuelto a saber nada. Quizá no haya logrado salvarse.

—¿Por qué no? —inquirió la joven—. Eso podremos saberlo en la reunión.

—Sí. Ahora vamos a trabajar. Mañana es fiesta.

—¿Fiesta?

—Sí. Imik el Fuerte va a salir de paseo por la ciudad y desea que todos estemos en la calle.

—¡Ojalá lo maten! —musitó con vehemencia la muchacha.

—Nadie estará tan loco como para hacerlo. El tirano, el déspota, como otros lo llaman, va rodeado de gente cuyo cerebro lee en los de los demás como en un libro abierto. Mucho antes de que alguien intentase tal locura, sería destrozado por los robots armados que rodearán su vehículo.

—¡Maldito!

Jim sonrió.

—Vamos a trabajar, muchachos… no es matando al déspota como lograremos algo positivo. Hay un medio mucho más importante y eso sólo el tiempo podrá resolverlo…

Pero Dunt no estaba de acuerdo.

Pues si alguien podía matar a Imik, sin que los poderes mentales de sus guardianes pudiesen evitarlo, era él.

Y estaba dispuesto a hacerlo.

* * *

Desde las primeras horas de la mañana, aparecieron las calles abarrotadas. Un gentío curioso y deseoso de conocer al que había sometido a la Tierra entera al poder de los «souks», se agolpaba en aceras y ventanas.

Habían pasado dos meses desde la Gran Batalla y muchos, casi todos, habían olvidado aquello, aferrándose, después de momentos de angustia y de indecisión, a una tranquilidad que concordaba con su ansia de vivir y no recordar más los días horribles de la guerra.

Antes de la llegada a la ciudad del déspota, coches conducidos por robots brillantes, repartieron bebidas y comidas por todas las calles, colmando de alegría a los que no esperaban tanto.

Odila y Dunt se hallaban bien situados, junto a una plaza y no lejos de un callejón que conducía hasta un verdadero dédalo de callejuelas, Había sido el quien había escogido aquel lugar y Odila no dejo de extrañarse, pero su curiosidad femenina le hizo olvidar pronto aquel incidente.

En cuanto a Dunt, el haber elegido aquel sitio entraba en sus planes, ya que deseaba poder huir después de haber matado a Imik.

Llevaba una pistola desintegradora, un modelo antiguo, pero que seguía siendo eficaz, sobre todo para disparar a la distancia de unos cincuenta metros que era la que, en el momento preciso, le separaría del vehículo del déspota.

Estaba dispuesto a matarlo.

No contaban para él las experiencias que había pasado junto a los hombres, ni la simpatía que, a pesar de todo, sentía hacia los valientes junto a los que había combatido en aquellas breves horas del día de la Gran Batalla.

Sólo las palabras de su padre y el deseo de torcer el curso de la historia, cumpliendo la misión que le habían encargado, contaba ahora para él. Se había preguntado, muchas veces, sí los cálculos de su padre no eran erróneos, ya que la desaparición y quizá la muerte de Arissa daría lugar a que las cosas no ocurriesen como a él le habían explicado.

Sin embargo, ¿cómo se iban a equivocar los que le habían mandado a remediar un error histórico que había de resultar fatal para el dominio de los «souks», trescientos años más tarde?

Arissa no podía estar muerta.

Por eso, antes de que apareciese, debía matar a aquel antepasado suyo, evitando que la fatalidad histórica se cumpliese.

Un poco antes de la llegada de la hilera de los vehículos lujosos, uno de los cuales iba ocupado por Imik el Fuerte, otra serie de vehículos más sencillos, tripulados todos por robots, pasaron por las calles, dejando oír la voz estruendosa de sus megáfonos electrónicos.

—¡Atención, terrícolas! ¡Imik el Fuerte viene a visitaros! Está contento por la marcha de la ciudad que, como las restantes del mundo, ha entrado en el reinado de los «souks»… ¡Imik el Fuerte os saluda a todos! Abandonando su palacio, ha querido que todos vosotros le conozcáis, que le conozcan en toda la Tierra, ya que esta ceremonia será televisada a todo el mundo.

La caravana era impresionante y el silencio del principio fue roto poco después por algunos tímidos aplausos que, no tardando mucho, se convirtieron en ovaciones cerradas.

—¡Qué asco! —exclamó Odila.

Dunt sonrió.

—¿Por qué?

—¿No te das cuenta? ¿No es repugnante? ¡Muchos de ésos han perdido hermanos, padres, esposos, hijos… y ahora aplauden con entusiasmo a los asesinos de los suyos!

—No debes excitarte, querida.

Ella le dirigió una mirada asesina.

—¿Es que no tienes sangre en las venas, Dunt?

—No lo sé.

Ella rió.

—Si no te conociese, si no te hubiese visto combatir… ¡Deja por lo menos que exprese mi rabia por esa vergüenza!

—Habla cuanto quieras.

El rumor de los «vivas» se iba acercando cada vez más, a medida que se aproximaba el vehículo del déspota. Y, sin poderlo evitar, Dunt se sintió inquieto, sabiendo que iba acercándose el momento de actuar.

Debía tener sumo cuidado en esperar el momento justo antes de dejar que su «mente segunda» entrase en función, ya que el menor error podría ser catastrófico.

Seguro que el «hipercortical» de los hombres que acompañaban a Imik estaban ahondando en la multitud, leyendo las ideas, los deseos, los proyectos, antes de que los mismos hombres se diesen cuenta ellos mismos.

Se acercaba el cortejo.

En efecto, detrás de un grupo de tres vehículos, tripulados por robots, un carro blindado, descubierto, verdaderamente imponente, apareció al fin.

Además de los dos robots que iban en la parte delantera, tres nombres más se veían antes del asiento, donde la alta y orgullosa silueta del déspota se recortaba sobre el fondo ennegrecido de los rostros humanos que iban quedando atrás.

La ovación era ensordecedora.

Los músculos de Dunt se pusieron en tensión. A medida que la distancia disminuía, su emoción iba en aumento, pero todo ello pasaba al otro lado de la «mente segunda», fuera del alcance de la prospección mental de los acompañantes del déspota.

Se preparó.

Y entonces, justo en el momento en que iba a anular el poder mental de los otros, dándose tiempo para disparar contra Imik, éste volvió la cabeza hacia él, sonriendo y haciendo un gesto que hizo que el vehículo se detuviese en seco.

El asombro de Dunt fue sincero.

Pero mayor fue cuando, poniéndose en pie, Imik señaló a Odila, gritando, después, con voz sonora:

—¡Eh, tú, sí… tú!

Odila se estremeció.

Y dudando aún que se dirigiese a ella, inquirió, con voz turbada:

—¿Yo?

—Sí. Ven mañana a palacio… No lo olvides ni hagas que tenga que buscarte por toda la ciudad.

El silencio se hizo impresionante.

Con un gesto vago, Imik ordenó que el vehículo continuase, tomando asiento en su sitial macizo.

Dunt se había quedado como de piedra.

En cuanto el cortejo pasó, de mutuo acuerdo, sin necesidad de consultarse, los dos jóvenes abandonaron la calle cogidos de la mano, fuertemente entrelazados sus dedos.

El muchacho notó que Odila temblaba y que sus manos estaban frías como el hielo. Pero no dijo nada, mientras marchaban a la casa de Jim, donde vivían.

Tampoco ella quiso decir nada allí, y aquejándose de un fuerte dolor de cabeza se dirigió a su habitación.

—¿No irás a la reunión de esta noche? —inquirió Jim.

—Sí —repuso ella, antes de cerrar la puerta.

—¿Qué le ha pasado? —preguntó el viejo.

Dunt le contó lo ocurrido y el otro sonrió.

—Debía ocurrir —dijo—. Anoche, en la reunión, Olivier lo dijo y no se ha equivocado.

—¿Vive Olivier?

—Sí…

—¿Y cómo sabía que iba a ocurrirle eso a Odila? ¿La conoce de antes?

—¡Naturalmente! Odila es su hija; es decir, no es Odila, sino la famosa Arissa.

CAPÍTULO VI

e fue preciso hacer en esfuerzo tremendo para que Jim no se percatase de su asombro.

¿Así que Odila le había engañado desde el principio?

¿Por qué?

La decepción le mordía hondamente y al pensar que con un solo segundo que hubiese utilizado su «mente segunda» hubiera descubierto la verdad, le ponía furioso.

—¡Si lo hubiera sabido!…

Pero la prudencia volvió a hacerle recordar el tremendo peligro que una tal imprudencia podría acarrearle.

—Voy a darme una vuelta —dijo.

—¿Vendrás a la reunión? —inquirió Jim.

—Sí. ¿Dónde se celebra?

—¿Conoces los Hornos de Integración de la Avenida Mayer?

—Sí.

—Pues en los sótanos.

—Está bien. Hasta luego.

—Adiós.

Salió, tomando la primera calle que encontró. Todo lo ocurrido vibraba en su cerebro, haciéndole reflexionar como jamás lo había hecho.

¿Qué podía haber visto Imik el Fuerte en la muchacha?

Porque, evidentemente, si había detenido su vehículo y se había dirigido a ella, ordenándole que fuese a palacio a la mañana siguiente, era porque había descubierto algo de la mayor importancia.

¿Su belleza?

Dunt sonrió.

No, no podía ser aquello, puesto que si lo que interesaba a Imik era la muchacha, no hubiese tenido más que dar una orden a uno de sus secuaces y hacer que la llevasen a palacio.

Sin darse cuenta se encontró en el lugar en que, una hora antes, estaban esperando el paso de la comitiva. Comprendió entonces que había deseado volver allí. Y ahora se imaginó la escena, volviendo a ver la enorme cantidad de público que abarrotaba las aceras amplias.

Y comprendió, mejor que nunca, «que algo raro había pasado».

Porque Imik no hubiese podido jamás prestar atención a la joven, perdida entre los cientos de espectadores que habían en la calle. Para que él detuviese el vehículo, justamente frente a ella y se dirigiese a la muchacha como «si la hubiese percibido antes», tenía que haber recurrido a su «mente segunda», que era en realidad quien había descubierto lo que le llamó tan poderosamente la atención.

Dunt se esforzaba en comprender lo que Imik había visto. Porque, recordando la historia de los «souks», no encontró caso alguno en que uno de ellos se hubiera enamorado de una terrícola y, aún menos, la hubiera hecho su esposa.

Sólo lo hizo Imik y por aquel mismo motivo estaba él allí, con la orden estricta de matarlo.

¿Por qué experimentaba ahora un odio tremendo hacia aquel hombre?

Recordaba las palabras que dijo a su padre, en el laboratorio del viejo Doluk, cuando intentó oponerse a la muerte de un jefe «souk»

como Imik el Fuerte…

¡Y ahora lo deseaba!

No se atrevía a ahondar en el origen de aquel sentimiento, y viendo que ya se acercaba la hora de la reunión, se dirigió hacia el lugar de la cita, pero con el deseo de no asistir oficialmente.

Quería observar lo que pasaba sin ser visto, ya que su presencia podría presentar algunas dificultades, puesto que no era conocido y los reunidos se mostrarían desconfiados en cierto modo.

No, era preferible que no sospechasen su presencia.

Tuvo suerte.

Al llegar al lugar comprobó que era temprano y se dedicó, una vez en los sótanos, a buscar un lugar desde donde pudiera observar y oír sin que nadie se percatase de que estaba allí. Lo consiguió con cierta facilidad, ya que aquellas dependencias estaban llenas de enormes calderas y máquinas de muchos tipos, tras una de las cuales se ocultó.

Esperó cerca de media hora hacia que los primeros confabulados llegaron, colocándose en círculo y conversando en voz baja.

Luego entró Olivier.

Parecía cansado y caminaba con los hombros encorvados; pero, no obstante, sus ojos seguían brillando con la misma intensidad de siempre.

¡Aquél era el padre de la falsa Odilia, la muchacha que había estado a punto de perecer en la casamata, bombardeada por los «rayos azules» de los «souks»!

También llegó ella, en unión del viejo Jim, tomando asiento en primera fila. Luego, cuando todo el recinto estuvo repleto de gente de toda edad y condición, Olivier se levantó y subió a la estrada que formaba la base de cemento de una de las calderas. Miró a los presentes y tras unos instantes de silencio empezó a decir:

—No hubiese deseado, en verdad, que esta reunión se realizase. Todos teníamos esperanzas de que la clandestinidad había terminado, así como los peligros que nos lanzamos a combatir con todo coraje. Pero las fuerzas invasoras eran superiores, mil veces superiores, a las nuestras y poseían poderes ignorados por nosotros. El resultado final, pues, no podía ser otro…

»Faltan muchos rostros aquí y nuestro recuerdo va hacia ellos, a los que cayeron peleando por lo más sagrado del hombre: su

libertad y su destino. Su recuerdo está vivo en nuestros corazones y ello nos ha obligado a reunirnos de nuevo para demostrar que su maravilloso sacrificio no fue vano.

»Durante todas estas semanas, tristes y dolorosas porque son las primeras de una era de despotismo y de terror, hemos reflexionado mucho y llegado a curiosas y alentadoras conclusiones que, aunque no pueden proporcionarnos la seguridad de una pronta revancha, nos dan, al menos, la esperanza de un mañana mejor, asegurándonos que nuestros descendientes lograrán deshacerse de la tiranía “souk”.

Hizo una corta pausa; después continuó:

—Todos sabéis lo que ha ocurrido esta mañana, cuando el déspota ha osado mostrarse a una población que, en su inmensa mayoría, ha inclinado vilmente la cabeza bajo su odioso poder. No podemos criticar a esos que se consideran vencidos, porque la experiencia de nuestra propia historia nos da mil ejemplos de situaciones semejantes, El hombre cede con demasiada facilidad, considerando, en la balanza de su vida, que poco importa el peso que le ahoga si, al menos, le dejan la existencia.

»Pero también ha habido siempre hombres como, nosotros, dispuestos a luchar contra la injusticia. Nuevos caballeros de la Edad Media, estamos seguros de que nuestros sacrificios no serán inútiles.

»Pero hay algo más…

»Mi hija, como esperábamos, ha sabido llamar la atención de Imik el Fuerte, que, habiendo descubierto algo que por el momento no puedo revelaros, va a hacer de ella su esposa. Es un sacrificio que ha de hacerse porque en él reside nuestro poder y la esperanza para un mañana que llegará, sin duda alguna, en cierto momento del futuro.

»Verdad es que nosotros habremos de soportar, el reinado de los déspotas y que nuestros hijos y nuestros nietos, y hasta es posible que los hijos de éstos, tengan también que vivir en idénticas condiciones, pero, en la sombra de nuestra ciudad, los telépatas esperaran el momento propicio…

»¡Y os digo que este sublime instante llegara!

»¡Llegara el momento en que las defensas de los “souks”, tras de las cuales se considerarán protegidos contra la justicia de los

hombres, cederán ante lo que debe ocurrir! ¡Y serán destruidos, aniquilados, barridos de la Tierra donde jamás debieron llegar!

La ovación fue estruendosa.

Luego, a un gesto de su parte, Arissa subió junto a él y, sonriendo a los reunidos, dijo:

—Hace mucho tiempo que mi padre me explico un secreto que me atormentada. Y desde que el enemigo apareció en el espacio, me ordeno que no lo emplease. Porque sabía que las cosas iban a ocurrir de este modo y que la hora de mi misión llegaría.

»No estoy contenta, como mujer, de lo que debo hacer. La verdad… —Un rubor intenso cubrió sus mejillas— es que estoy enamorada de otro, de uno de los nuestros, de un joven valiente y que hoy no ha venido. Su ausencia me permite deciros esto a vosotros, mis amigos, para que os deis cuenta de mis sentimientos. Pero, si como mujer me duele la tarea que se me impone, como criatura de la Tierra estoy desando cumplirla. Podéis tener confianza en mí… Sabré cumplir mi misión y ahogar todo lo que pudiera oponerse a ello…

»Yo, como vosotros, amigos míos, estoy dispuesta a que nuestros descendientes vean el maravilloso día en que los déspotas cesen en su opresión sobre nosotros. Y que, con nuestras virtudes y defectos, sigamos poseyendo el tesoro de esta hermosa Tierra a la que fuimos destinados.

La ovación fue delirante.

Se prolongó la reunión un poco más, discutiéndose otros asuntos secundarios, en relación, sobre todo, con el entrenamiento de los telépatas que en el futuro iban a jugar tan primordial papel como el de apoderarse de los secretos de las defensas mentales de los déspotas.

Cuando el recinto quedó vacío, Dunt salió de su escondrijo, caminando lentamente hacia la salida. Una vez en la calle, desierta a aquella hora, marchó, sin rumbo, bajo un cielo tachonado de estrellas.

Una tristeza infinita le ahogaba el corazón.

* * *

Brann se despertó en los alrededores de la ciudad. No tardó

mucho en tomar contacto con la realidad, dirigiéndose a paso rápido hacia las primeras calles que terminaban en la zona de jardines en la que había recobrado el conocimiento.

No temía haber llegado tarde, a pesar de que sabía que la duración de la estancia en el pasado estaba limitada a tres meses, porque su amigo Himer debía haber actuado como prometió: matando a Doluk.

De aquella manera, los dos enviados al pasado quedaban condenados a permanecer siempre allí. A Brann no le importaba, ya que se prestó voluntario para aquella misión en la que estaba dispuesto a jugarse la vida. Lo que le interesaba era que el hijo de Imk, el hombre marcado, no pudiese escapar del pasado y pudiera ser descubierto y castigado después de hacerle decir lo que había hecho para modificar la Historia.

¡Por encima de todo, tenía que evitar que hiciese inútiles los esfuerzos de los hombres de aquella época que habían hecho posible, trescientos años más tarde, el descubrimiento de las defensas mentales de los déspotas!

Brann, antes de salir del futuro, había estudiado detenidamente la historia de aquellos primeros tiempos de la invasión, repasando los nombres de los que se habían distinguido en la lucha contra los déspotas. Y, naturalmente, su atención se concentró en la figura más representativa de aquella época: Olivier.

Tenía que encontrarle, fuera como fuese, poniéndole al corriente de todo lo que pasaba. Olivier, con sus poderes entre los hombres, sería el apoyo seguro indispensable, a su parecer, para encontrar al «hombre marcado».

Vagó un tiempo por la ciudad, viendo la diferencia profunda que había en ella respecto a lo que sería en lo futuro. Desde el bosque nuevo contempló la construcción ya muy adelantada del odioso palacio de los déspotas. Todavía no poseía la forma definitiva, pero ya se veía la intención, y aunque creía que no existirían aún las defensas mentales que doscientos cincuenta años después instalaría el diabólico Doluk, presentaba ya una estructura resistente que no debía de tentar demasiado a los que soñaban locamente con un asalto.

Preguntando aquí y allá, con todo el disimulo posible, llegó a conocer la dirección de Olivier, hacia donde se dirigió poco

después.

Cuando estuvo ante él, encerrados ambos en el despacho del primero, cerca de donde vivía el viejo Jim, Brann le explicó con todo detalle su misión y lo que había hecho para llegar hasta allí.

Olivier le escuchó en silencio; después, cuando el otro terminó su relato, comentó:

—Me has asombrado, amigo. Y comprenderás que es natural.

—Lo comprendo.

—Pero, sobre todo, lo que te agradezco es que me hayas dado noticias tan excelentes. ¿Así que en vuestra época se ha logrado conocer el secreto de la defensa del palacio?

—Por completo. Allá, en nuestra época, ya están preparados para el asalto definitivo. Yo mismo, con un amigo, he penetrado en el laboratorio para poder utilizar la máquina del tiempo de Doluk, cuya existencia conocimos gracias a los telépatas que pudieron leer en la «mente segunda» de una mujer, hija del déspota, llamada Imssa.

Olivier sonrió.

—Una descendiente de mi propia hija.

—Si, ya lo sé, aunque ignoraba que fuera tu hija la célebre Arissa. Los miembros del Consejo me explicaron que gracias a ese matrimonio, entre una terrícola y un «souk», el sistema «hipercortical» de éstos se fue reblandeciendo en las mujeres, hasta permitir que nuestros telépatas llegasen a leer en sus cerebros.

La sonrisa de Olivier se acentuó.

—Hay algunas cosas que los miembros de tu Consejo ignoran; pero eso es igual. Lo que interesa es encontrar al «hombre marceado», antes de que logre deshacer ese matrimonio.

—¿Se ha celebrado ya?

—Se ha anunciado para dentro de tres días.

Brann se mordió los labios.

—¿No sospecha quién puede ser el hombre que buscamos?

—No, pero el traidor debe de estar cerca de nosotros, ya que debe conocer todo el asunto. Empezaremos las investigaciones hoy mismo.

—¿Cómo?

—¿No has dicho que lleva la letra sigma marcada en el hombro derecho?

—Sí.

—Conseguiremos, con habilidad, que todos los hombres lleven ese hombro descubierto. Por fortuna, la moda no es sólo femenina y tenemos mucha influencia en los medios elegantes de la ciudad. Hablaré con algunos modistos que pertenecen a nuestra organización y éstos lanzarán la moda, que no dudo será aceptada sin sospechas. Así, lanzando nuestros agentes a la calle, podremos descubrir, en poco tiempo, al culpable que no osará llevar la contraria a la corriente de la moda sin hacerse sospechoso.

—No olvides que es un hombre listo y que posee una «segunda mente».

—No lo olvido.

—¿No crees que, viéndose en peligro, ya que sospechará que lo buscamos, puede ir a buscar ayuda junto a los suyos?

—No.

—¿Tan seguro estás?

—Sí. Escucha: hay algo que casi nadie sabe…; yo conocí los detalles que voy a darte por verdadera casualidad. Un superviviente me lo contó. Cuando las astronaves enemigas nos atacaron, derrotándonos, gracias a procedimientos desconocidos que les permitían moverse con una rapidez extraordinaria, una de ellas fue destruida por un proyectil dirigido.

—¡Imposible!

—Como lo oyes. El hombre que contempló aquella catástrofe no miente.

—Pero… ¿cómo pudo ser?

—¿No te lo explicas?

—No.

—¡Fue el «hombre marcado»!

—¡¡No!!

—Escucha: ese hombre debía de estar con nosotros y combatió a nuestro lado, empujado por las circunstancias. Colocado en alguna de nuestras casamatas, debió de intuir la llegada del peligro, gracias a su «mente segunda». Y olvidando toda prudencia, empleó el «hipercortical», disparando con una precisión magistral contra la astronave que se desintegró en el aire.

—¡Es inconcebible!

—Sin embargo, es tan cierto como la luz que nos alumbra… He

sabido después que los «souks» lo están buscando para darle su merecido, ya que saben que sólo con una «mente segunda» pudo destruirse su astronavío.

—¡Pero ese hombre se ha vuelto loco!

—No lo sé, aunque le creo muy listo, ya que a partir de aquel momento ha sabido ocultarse y escapar a la búsqueda de que es objeto. Claro es que lo de la marca, que los «souks» ignoran, va a permitimos descubrirle antes que los déspotas lo consigan.

—¡Ojalá sea así!

Y después de una pausa dijo:

—Sólo tiene una manera de destrozar nuestros planes: matando a Imik el Fuerte. Y ésa es su difícil misión.

—¡No lo logrará!

—Sí, ahora veo que, sin darse cuenta, se ha creado dificultades que van a impedirle lo que se propone. De no haber derribado la astronave de los suyos, nunca hubiesen sabido éstos que había una «mente segunda» en la ciudad. Lo que no me explico es el motivo que le impelió a desintegrar el cosmonavío de los déspotas.

—Ya te lo he dicho: debió de encontrarse en peligro y tuvo que reaccionar así.

—No, no puedo creerlo.

—¿Por qué?

—Porque con su «hipercortical» hubiera podido prever la llegada del peligro y ponerse a salvo. Incluso, en última instancia, habría podido desviar el «rayo azul»: su «mente segunda» posee un poder que le permitiría hacerlo.

—No lo sabía.

—Es natural. Vosotros empezáis a conocer a los déspotas y sus formidables poderes; nosotros los conocemos mejor, ya que nos han dado muchas muestras de ello. Por eso, amigo Olivier, no me satisface tu explicación.

—¿Entonces?

—¡Ojalá lo supiese! Pero, de todos modos, debió de encontrarse en una situación muy particular.

—Sí, creo que tienes razón.

Hubo una nueva pausa; después Brann aventuro:

—Esperemos que esto que ignoramos no complique las cosas.

—No temas. En cuando le hayamos descubierto, evitando que

mate al déspota, cuya vida nos interesa ahora más que nada, le destrozaremos y no podrá hacer nada. Lo horrible hubiese sido que pudiera volver al futuro.

Brann sonrió.

—De eso ya se encargó mi amigo Himer. Al matar a Doluk, cerró la posibilidad de regreso, ya que nadie, excepto el, conoce el funcionamiento de la máquina del tiempo.

—¿Y tú?

El enviado sonrió.

—Yo seré feliz cuando haya cumplido con mi misión. Porque, aunque me quede aquí el resto de mi vida, sabré que los nuestros, allá, en el futuro, estarán asaltando el palacio y liberando para siempre a la raza humana. ¿Qué cosa mejor podida desear, eh?

Segunda Parte

La Ley

—Me decepcionas, amigo Ekaton…

—¿Por qué?

—Porque con tus palabras has inutilizado la hermosa posibilidad que, sin duda alguna, en el futuro, tendrán los hombres al descubrir la máquina del Tiempo.

—No sé por qué esa decepción, amigo…

—¿No te das cuenta de lo estupendo que sería poder borrar del pasado los errores que tanto mal nos han hecho y revisar la Historia, logrando un presente tan maravilloso como hemos soñado todos?

Ekaton sonrió:

—¿Errores? ¿Aciertos? ¿Cómo te atreves a juzgar tan ligeramente? Si fuera posible volver hacia el pasado a influir en él, ¿crees, acaso, que todos los que hiciesen ese portentoso viaje reaccionarían de la misma manera? Para unos, los errores serían los aciertos de otros. Y si el diabólico poder de modificar la Historia cayese, que es imposible, en las manos de los hombres, la locura más espantosa que puede concebirse haría del pasado un caos horrible.

—No, amigo mío. Yo también creo que llegará un día lejano, muy lejano, en que el hombre pueda llegar a inventar una máquina del Tiempo. Pero al trasladarse hacia el pasado o hacia el futuro, se verá obligado a contemplarlos como un espectador que no puede hacer nada para intervenir en la trama, buena o mala, que contempla.

»Y puedes dar gracias a la Ley, que impedirá la locura que tú pregonas, haciendo imposible inmiscuirse en lo sagrado de su contenido.

»¡Dejemos el pasado, aunque podamos visitarlo! Porque, hiciésemos lo que hiciésemos, la Ley terminaría por imponerse y los resultados, aunque aparentemente distintos, serian idénticos…

(De los «Diálogos de Ekaton»).

CAPÍTULO VII

urante dos días, sin querer ver a nadie, Dunt vagó por la ciudad, hospedándose en hoteles de los barrios extremos. Había abandonado su habitación en la casa de Jim, así como su trabajo. Y tampoco quiso volver a ver a Arissa, después de la reunión en el sótano, durante la que estuvo oculto detrás de una máquina.

Las palabras que la joven había pronunciado en la reunión, y que se referían directamente a él, le habían producido una impresión tan intensa como profunda, sumiéndole en una especie de febril sensación de inestabilidad, como si le hiciese ver lo ficticio de su posición, cuyas paradojas le aparecían como una burla del destino.

Por un lado ella, aquella muchacha que, ¿por qué no decirlo de una vez?, había cautivado su corazón. Por otro la simpatía que sentía hacia los terrícolas, cuya bondad de deseos y sus ansias de libertad comprendía perfectamente.

Y al otro borde del abismo su realidad, la «suya». Como «souk» y como enviado al pasado para cumplir una misión que había prometido llevar a cabo.

Y ahí estaba el encuentro brutal de sus ideas.

Porque, odiando a Imik, sobre todo porque intentaba quitarle a Arissa, su muerte podía significar el fracaso de los planes de la muchacha y de todo lo que ella deseaba.

Era una espantosa encrucijada, un callejón sin salida.

Al tercer día se decidió.

Puesto que debía matar a Imik el Fuerte, lo mejor era hacerlo cuanto antes, evitando, al mismo tiempo, que contrajese matrimonio con Arissa, cosa que se proponía evitar, fuese como fuese.

Paseando por los jardines que se extendían por las laderas de las colinas, acercándose a veces junto a las murallas del palacio, Dunt observó, con todo cuidado, el ir y venir de los «souks» que, completamente convencidos del servil sometimiento de los terrícolas, marchaban ahora a la ciudad de visita, a comprar o a distraerse sencillamente. Mujeres y hombres «souks» habían abandonado los vehículos utilizados en los primeros tiempos y sólo algunos, los más cobardes, se hacían acompañar por parejas de robots fuertemente armados.

También se percató el joven de que había desaparecido la guardia de hombres mecánicos de las puertas del recinto y que éstas, como cabía esperar, se abrían por influjo mental. En realidad, desde siempre, los «souks», tanto en el espacio como en su mundo lejano, habían utilizado su sistema «hipercortical» para dominar la materia; de esta forma lograron hacer que los motores de sus astronaves, obedientes al influjo de sus «mentes segundas», pudieran trasladarse instantáneamente al menor deseo de sus pilotos.

Durante parte de la mañana, Dunt estuvo siguiendo el movimiento de los déspotas. Y convencido de que no había algún peligro en introducirse en el recinto del palacio, se decidió definitivamente.

Y avanzando, sin mostrar turbación alguna, repitió el gesto mental que había hecho miles de veces, en el futuro, cuando salía a cazar.

La puerta obedeció.

El interior del palacio, al que faltaban muchísimos detalles, le era completamente conocido y se movió por pasillos y salones completamente desiertos, como lo hubiera hecho en su propia época. Conociendo la disposición de las estancias, avanzó, prudentemente, hacia las que debía ocupar Imik el Fuerte y que, naturalmente, eran las mismas que, su padre ocupaba.

Pero no penetró directamente.

Conocía la existencia de un estrecho pasillo lateral que conducía a un pequeño balcón, que había sido construido como puesto de observación y que, al mismo tiempo, estaba en comunicación con las habitaciones llamadas reales.

Así, sin mayor dificultad, consiguió penetrar en la parte más interna de las habitaciones de Imik, quedándose, junto al salón, tras una doble columnata de metal brillante.

La estancia estaba vacía, pero no quiso utilizar su «mente segunda», ya que hubiera podido declarar su presencia. Prefirió esperar, aunque no tuvo que hacerlo durante mucho rato, ya que poco después penetraba en la habitación el poderoso jefe de los déspotas que, elegantemente vestido y con una sonrisa de complacencia en los labios, se acercó a un monumental espejo en el que se contempló.

Fue entonces cuando se dio cuenta Dunt de que otro hombre había entrado con Imik y que permanecía en actitud respetuosa, junto a la puerta. Por su aspecto, el joven se percató de que se trataba de un oficial de servicio.

—¿No es extraordinario, Isuk? —inquirió el déspota.

—Lo es en verdad, señor.

—He sido afortunado, ¿eh?

—Lo has sido y lo serás más cuando te cases con ella.

—Sí —dijo Imik sin volverse, observándose siempre en el espejo —. Fue una verdadera suerte hacer funcionar mi «mente segunda», en aquel instante…

Se volvió y mirando fijamente al otro.

—¡Casi me asusté! —exclamó, con una divertida sonrisa en los labios.

—Lo comprendo.

—Fue algo maravilloso. Y lo bueno es que si ella no lo hubiese

deseado, jamás me hubiera dado cuenta.

—Es natural.

Imik frunció el entrecejo.

—Ese detalle es el que me ha hecho pensar más que ningún otro… Me he preguntado mil veces por que deseó ella que me diese cuenta de su presencia; pero, después de todo, ¿no era natural, Isuk?

—Evidentemente.

—¡Ella, al verme, debió arder en deseos de conocerme de hacerse conocer al mismo tiempo! ¡Y lo logró!

Se pasó varias veces la mano por la ciudada cabellera rubia.

—¡Es deliciosa! La he comparado con nuestras mujeres más hermosas y ninguna de ellas puede igualársele.

—Es verdad.

—Por eso deseo hablar con ella… Hay algunas cosas que quiero preguntarle y de lo que no hemos tenido ocasión de conversar en estos días. Ve a buscarla, Isuk: dile que deseo verla…

—Bien, señor.

El oficial desapareció. El lenguaje complaciente de éste había dado asco al joven y estuvo tentado de pasar al ataque inmediatamente; pero, reflexionando acerca de lo que Imik acababa de decir, pensó que lo mejor era esperar un poco más, ya que él deseaba también conocer un poco el misterio que envolvía a la muchacha.

Minutos más tarde, la puerta se abría y Arissa, vestida a usanza de las damas insignes de la sociedad «souk», con una túnica roja, penetraba en la sala de Imik.

Una deliciosa sonrisa flotaba en sus labios, y Dunt, en su escondrijo, se estremeció, viéndola más hermosa que nunca.

—¿Me has llamado? —inquirió, sin dejar de sonreír.

La admiración se leía en las brillantes pupilas de Imik el Fuerte.

—Sí…, Arissa. Deseaba hablar contigo. Pero siéntate, por favor.

La joven obedeció e Imik lo hizo también frente a ella.

—¿Sabes que nuestro enlace se celebrará pasado mañana? —inquirió él.

—Sí.

—¿Te alegra?

—¿Cómo quieres que no me alegre?

—Es verdad.

La contemplaba como a una divinidad. Y Dunt, que veía el rostro del hombre reflejado en el espejo, sintió que algo se le clavaba en el pecho, haciéndole cerrar los puños con fuerza.

—Deseaba hacerte unas preguntas —dijo él.

—Si puedo contestarlas…

—Me alegraría que lo hicieses.

—Bien.

—Escucha…, ¿por qué destruiste nuestra astronave?

Dunt se estremeció.

Pero, en contra de todo lo que podía esperar, el rostro de la muchacha no mostró ninguna sorpresa. Y la respuesta fue la más extraordinaria que el joven pensaba escuchar.

—Fue en un movimiento de terror, en un momento de debilidad. Sentí que iba a morir… y obré en consecuencia.

Dunt no cabía en su asombro.

¿Como era capaz de mentir de aquella manera?

Ella no había destruido ninguna astronave ni siquiera debía saber que se había destruido una, ya que aquél era un secreto que los «souks» guardaban celosamente, esperando encontrar al culpable; es decir, a él.

¡Y Arissa se confesaba la autora de algo que estaba completamente fuera de sus posibilidades!

Era como para volverse loco.

Las palabras de Imik le sacaron de su asombro.

—Comprendo que ocurriese así y siempre, desde que te conocí, me imaginé algo semejante. ¡Pero hubieras podido enviarnos un mensaje mental y hubiésemos comprendido!

—No pude. El miedo se apodero de mí y además… alguien que estaba a mi lado me impidió hacerlo.

—¿Quién era?

—Un joven al que encontré en una calle de la ciudad. De haber intervenido personalmente, podía haberse dado cuenta de algo.

—¿Tú crees?

—Sí. Era un muchacho muy inteligente. Yo estaba herida y temía descubrirle, por efecto de la fiebre, mi verdadera personalidad.

A Dunt le daba vueltas la cabeza.

¡Cada vez comprendía menos todo aquello!

—Estás perdonada, amor mío. El Consejo ha comprendido tus motivos y aunque lamentamos la pérdida de algunos de los nuestros, en una batalla que normalmente no hubiera debido costarnos ni una sola baja, damos todo por bien hecho, ya que a ese precio he conseguido conocerte.

—Yo también soy dichosa de haberte conocido, Imik.

—Gracias.

Hubo una pausa; luego él, solicito, preguntó:

—¿Tienes todo lo que necesitas, amor mío?

Ella rió y aquella cascada sonora penetró como un cuchillo en el pecho de Dunt, que ya no podía más, a pesar de los esfuerzos que hacía.

¿Cómo podía haber creído en las palabras que ella pronunció en la reunión, hablando del amor que sentía hacia él?

¡Ahora lo comprendía todo!

Arissa, instruida por su padre, debía de haber querido impresionar a aquellos desdichados que creían en ella a pies juntillas. Deseaba hacerles comprender un sacrificio que en modo alguno existía y que estaba muy lejos de sentir.

Sintió un gran desprecio por aquella mujer que era capaz de llegar hasta la hipocresía para engañar a los propios partidarios de su plan.

¡Ellos eran los que merecían todo!

No se sorprendió Dunt al experimentar aquella poderosa atracción hacia Olivier y los que luchaban a su lado. Por lo menos, aquellos hombres estaban dispuestos a sacrificarse, a vivir bajo la tiranía y el despotismo para que un día, aún muy lejano, la humanidad pudiese verse libre de la tiranía de los «souks».

Pero aquella mujer…

Justamente, en aquel momento, su voz acariciadora llegó hasta él.

—Largos años de felicidad nos esperan, Imik amado. Y nuestro poderío pasará a la historia como lo más hermoso que se hizo nunca.

—¡Puedes estar segura!

—Y lo estoy. Nuestros hijos continuarán siendo dueños de este planeta. Y los hijos de nuestros hijos.

Él entornó los ojos; luego, con voz vehemente exclamó:

—¡Los hijos de Imik el Fuerte y Arissa la Hermosa! Les legaremos el mayor imperio que los «souks» tuvieron jamás. Porque —sonrió— ¿sabes una cosa, amada mía?

—¿El qué?

—En nuestro lejano mundo, nosotros, los «souks», tuvimos la peor parte; es decir, nos obligaron a tenerla.

—No entiendo.

—Ahora verás: en Turna, nuestro planeta, nosotros, los «souks», poseíamos las zonas más feraces, el mejor continente de todos. Conseguimos una civilización potente, formidable. Hasta que llegaron los «shandors»…

—¿Quiénes eran?

—Los habitantes ignorantes y atrasados de los otros continentes. Pero poseían la fuerza de su primitivismo, el salvajismo de una vida fuerte… Matamos millones, pero ellos seguían surgiendo de lo hondo de sus tierras malditas, de sus pantanos infectos… y nos empujaron hacia las heladas zonas polares. Fue una lucha horrible, pero ellos salieron victoriosos y al final, cuando ya no quedábamos más que unos cuantos, yo era casi un niño, tuvimos que huir en nuestras astronaves, vagando por el espacio durante cerca de quince años, hasta que llegamos a este planeta.

Dunt se estremeció.

Conocía aquella historia, pero le había sido contada de manera muy diferente, ya que le explicaron que los «shandors» habían sido destruidos; pero que, habiendo quedado Turna infectada de radiactividad, los «souks» se habían visto obligados, después de la victoria, a partir de aquel mundo peligroso en busca de otros horizontes.

Sonrió, pensando en las repugnantes mentiras que desde su juventud le habían sido vertidas al oído. Y ahora comprendía el porqué de aquella blandura de carácter de los «souks» de su época, de la palidez que aparecía en sus rostros cuando se hablaba de defender, como hombres, el palacio ante el asalto de los terrícolas.

¡Raza de cobardes!

Se dio cuenta de que la muchacha salía, acompañada por Imik, que la dejó junto a la puerta, musitándola propósitos amables al oído.

Ella dejó oír de nuevo su risa cantarina.

Dunt no esperó más.

Una especie de furia homicida le cegaba. Y, empuñando su pistola, salió de su escondrijo, penetrando en la habitación, dirigiéndose directamente hacía Imik que, en aquel momento, aún con una sonrisa de felicidad plena, se volvía hacia él.

La sonrisa quedó helada, como una mueca, en los labios del déspota.

—¿Quién eres? —inquirió, con una expresión de sincero asombro.

Pero Dunt sabía que aquella pregunta no era más que algo con que cubrir la llamada que, con su «mente segunda», se disponía a hacer, pidiendo auxilio.

Sonrió.

—Inútil, Imik…, yo también soy un «souk» y mi «hipercortical» ha formado una barrera impenetrable a nuestro alrededor. Nadie acudirá.

Por primera vez Imik palideció.

—¿Tú… un «souk»?

—Sí. Fui yo quien derribó tu nave del espacio y no esa mujer embustera. Yo soy al que buscabas con tanto afán.

—¡Pero no puede ser! Ella es…

—¡No hables más de ella ni pronuncies su sucio nombre! Vas a morir, Imik el Fuerte. El nieto de tu nieto, mi padre Imk, ha ordenado que te matase y voy a hacerlo.

—¿Te has vuelto loco?

—No lo sé, Imik…, pero debo cumplir la orden. Tú, al casarte con esa víbora, y ahora lo comprendo perfectamente, hubieses sembrado el peligro para la raza. Por eso debes morir. Aunque, y puedo mostrarme sincero ante ti, que vas a morir, poco me importa esta raza nuestra de cobardes. Los hombres merecen vencer, pero no de la manera larga que les esperaba, sino cuanto antes. ¡Muere, Imik el Fuerte! Y que tu muerte ponga fin a la tiranía de los déspotas.

Una poderosa llamarada salió de su pistola. E Imik, envuelto en ella, se retorció desesperadamente.

Dunt sintió el esfuerzo de la «mente segunda» del otro, que intentaba desviar el camino del rayo destructor. Pero, sabiendo

aquello, el joven había hecho imposible cualquier anormalidad en la trayectoria. E Imik el Fuerte cayó muerto a los pies del joven.

CAPÍTULO VIII



ómo se sentía en aquellos momentos!

Era como si acabase de cambiar de piel, de espíritu, de todo, convirtiéndose en un ser nuevo, resplandeciendo al saberse defensor de algo tan importante como una raza a la que se sentía íntimamente unido.

No había pensado, verdad era, en la fecha de su regreso al futuro, pero al pensar que ya habían pasado los tres meses que Doluk le había concedido, llegó a la conclusión de que ellos sabían que no había cumplido aún su misión y lo harían volver de un momento a otro.

¡Por eso debía apresurarse!

Había dejado de pensar en Arissa, cubriendo la parte dolorosa de su alma donde yacían aún los recuerdos y las ilusiones que ella había despertado.

Se extraño un poco, aunque no se fijó demasiado, al ver a los

elegantes de la ciudad que llevaban parte del torso desnudo, graciosamente replegadas las túnicas que, siguiendo la moda «souk», acabaron por aceptar los humanos.

Siguió su camino, precipitándose en el interior de la casa de Jim y encontrando al viejo ante una bien servida mesa.

—¡Caramba, pero si es nuestro amigo Dunt! ¿Dónde diablos has estado metido todo este tiempo, muchacho?

—Fuera de la ciudad —mintió el joven, que no deseaba decir demasiado a Jim—. ¿Sabes dónde puedo encontrar a Olivier? Debo comunicarle algo importante.

—Está en su casa. Cerca de la Central Electrónica, en la calle Doscientos Cincuenta y Seis. ¿Recuerdas el edificio azul?

—Sí.

—En la puerta dieciséis del segundo piso. ¿No quieres comer nada?

Dunt echó una mirada de deseo a la mesa; pero refrenando el apetito que tenía, había olvidado cuanto tiempo hacía que no había comido, sonrió agradecido:

—Muchas gracias, Jim. Quizá vuelva después… ¡Hasta luego!

Llegaba a la puerta cuando Jim le gritó:

—¡Eh, jovenzuelo!

Dunt se vivió, desde el dintel.

—¿Qué hay?

—¿Te has dado cuenta de la nueva moda?

—¿La del hombro desnudo?

—Sí…, ¿sabes por qué es?

Dunt se encogió de hombros.

—¡Alguna bobada! ¡Hasta la vista!

—¡Espera! ¡Te lo explicaré!

Pero el joven no escuchaba ya.

Tenía prisa, ya que temía que desde el futuro fuera llamado de un momento a otro, cosa que sería verdaderamente catastrófica.

Llegó poco después ante el edificio cuyo color le había dado el nombre de Casa Azul. Llamó a la puerta del cuarto que Jim le había indicado y Olivier le abrió, mirándole de arriba abajo.

—¿Qué deseas? —inquirió.

—Quiero hablarle. Soy Dunt.

Olivier frunció el entrecejo, permaneciendo en silencio durante

unos segundos; luego dijo:

—Pasa.

Y cerró la puerta tras el joven.

El interior no era tan modesto como la fachada de la casa podría hacer suponer y estaba elegantemente amueblado. Casi la totalidad de las paredes estaban cubiertas por librerías que llegaban hasta el techo.

—Siéntate.

El joven obedeció y Olivier se sentó frente a él, abriendo una caja de cigarrillos.

—¿Uno?

—No, gracias; no fumo.

El hombre de los cabellos plateados encendió el suyo; después, tras un corto silencio, preguntó:

—¿Qué querías?

Dunt empezó a hablar con apresuramiento. La idea de que podía ser reclamado, en contra de su voluntad, por los hombres del futuro, le hacía apresurarse.

Contó que había sido enviado para impedir que Arissa fuese la esposa de Imik el Fuerte; pero, que al matar a éste, había dejado a los «souks» desorganizados y sin cabeza, momento que podría aprovecharse para penetrar en el palacio. Se prestó voluntariamente para guiarles y abrir las puertas a la fuerza invasora que, de este modo, ahorraría sufrimientos a la raza humana evitando el tener que esperar trescientos años para lograr lo que se podía conseguir ahora mismo.

Fue explícito, vehemente, expresándose con ansiedad. Y como no podía decir de dónde había sido enviado ni por quién, ya que temía que le tomasen por un loco peligroso, puesto que la gente de aquella época no creería lo de la Máquina del Tiempo, dijo que debía volver urgentemente a «su país», después de ayudarles.

—¡Debes apresurarte, Olivier! ¡Es una ocasión que no puedes dejar escapar!

El otro asintió.

—Todo lo que me has contado es muy interesante, amigo. Y creo que voy a movilizar a mis hombres para asaltar el palacio. ¿Conoces los sótanos donde nos reunimos?

—Sí.

—Preséntate allí dentro de una hora. Saldremos juntos para el palacio.

—¡Muy bien!

Se puso en pie; pero el otro con un gesto le advirtió:

—Es mejor que te quedes aquí. Mandaré a alguien a buscarte. La consigna será «Libertad».

—De acuerdo.

Olivier se dirigió hacia la puerta; después, casi cuando la cerraba ya, se volvió:

—Tú conoces a mi hija, ¿verdad?

—Sí. Estuve junto a ella el día de la Gran Batalla.

—¿Fuiste tú quien la saco herida de la casamata?

—Sí. ¿Se lo ha contado?

—Sí. ¿Sabe ella que ha muerto Imik?

—No. Esperé a que saliese de la habitación del déspota.

—Muy bien hecho. Espera aquí, amigo…

Dunt quedó solo, dejándose caer en el sillón. Ningún «souk» amaba el tabaco; pero, en aquella ocasión, para detener la marcha de sus nervios, se atrevió a encender un cigarrillo, encontrando que no sabía tan mal como había pensado.

Otra vez le asaltó el temor de que Doluk le llamase, en cualquier momento, desde el futuro. Tal posibilidad le hizo estremecerse, deseando de todo corazón que le diesen tiempo para permitir que los terrícolas penetrasen en el interior del palacio.

También pensaba que sus nuevos amigos podían extrañarse al ver cómo abría mentalmente las puertas del recinto; pero, sonriendo, se dijo que al demostrarles su lealtad les convencería fácilmente.

Luego, sin que pudiese evitarlo, la imagen de Arissa se presentó en su mente. Frunció el entrecejo, intentando situar a la muchacha en un punto exacto de sus sentimientos, sin lograrlo.

Y es que desde el momento que la conoció, enamorándose de ella, su «mente segunda» no había cesado de advertirle, de una manera inconsciente, del peligro de dejarse arrastrar por un afecto que no podía durar, puesto que él, sin poderse oponer a la voluntad de su padre, sería llamado a su época en el momento menos deseable.

Durante el tiempo que estuvo en el apartamento de Olivier sintió

la congoja de no haber nacido terrestre. Hacía muchísimo tiempo, ya desde joven, que se había percatado de la inestabilidad nerviosa de los «souks», de aquel decaimiento, de aquella abulia que no eran más que las muestras patentes de una degeneración progresiva, de una decadencia difícil de detener.

Por eso había vivido apartado de los demás, dedicándose a la caza, al deporte violento, que a causa de la separación que había entre terrícolas y «souks», tenía la mayor parte de las veces que hacer completamente solo.

Desde que había vuelto al pasado y conocido a los hombres más de cerca, sentía una afinidad irresistible hacia ellos y le dolía, sinceramente, el tener que abandonar a aquellas gentes para volver de nuevo con los suyos.

Porque no se le escapaba que si contribuía a la destrucción del imperio «souk», jamás volvería al futuro. Porque, sencillamente, «no nacería nunca».

Era una situación más que paradójica, impresionante. Pero Dunt no sentía miedo alguno y daba por bien hecho aquel sacrificio personal que iba, por lo menos, a restablecer una justicia que le parecía la más lógica de todas.

Fue en aquel paso difícil de sus ideas cuando la puerta se abrió, dando paso a un hombre alto, de mirada brillante.

—«Libertad» —dijo el recién llegado.

—«Libertad» —repuso Dunt, con una sonrisa.

El otro permaneció serio.

—Me manda Olivier en tu busca. Te esperan.

—Bien. Vamos.

En la calle notó algo especial que flotaba en el ambiente. Patrullas armadas de ciudadanos pasaban rápidamente dirigiéndose hacia los bosques que rodeaban el palacio.

—¿Se sabe ya lo de la muerte de Imik? —inquirió a su compañero.

—No —repuso el otro, apretando el paso.

Dunt comprendía la preocupación que se pintaba en el rostro del joven que le acompañaba. En efecto, para el Consejo de los hombres la muerte del déspota presentaba un problema complejo, ya que habían confiado en el sacrificio personal de Arissa para conseguir, al cabo de tres siglos, una liberación que ahora no se consideraban

capaces de lograr.

¡Pero él les ayudaría a conseguirlo!

Lo importante era que el tiempo no pasase demasiado rápidamente y que él no desapareciese, súbitamente, en cualquier momento, antes de poder hacer lo que se proponía.

Al pensar en Doluk y su Máquina del Tiempo no pudo por menos de estremecerse.

¿Sabría el viejo sabio que había cumplido su misión?

No tuvo tiempo de contestar a aquella pregunta, ya que llegaron al sitio convenido para la reunión, descendiendo al sótano, que estaba lleno de gente.

Dunt se dio cuenta de que todos los presentes estaban armados.

Pronto vio a Olivier y avanzó hacia él, seguido por el hombre que había ido a buscarle. Fue éste, cuando se detuvieron ante el jefe del Consejo, quien le preguntó, adelantándose:

—¿Vas armado?

—Sí —repuso el joven, con una sonrisa. Y sacando su pistola, la mostró, no sin cierto orgullo—. Ésta es el arma que ha matado al déspota…

No tuvo tiempo de nada.

El hombre que estaba a su lado le arrancó violentamente la pistola y otros muchos le encañonaron con las suyas.

Asombrado, Dunt clavó la mirada en los ojos grises de Olivier.

—¿Qué significa esto? —inquirió.

—Debemos estar seguros de ti, muchacho. ¡Quitadle la túnica!

Mientras unos le sujetaban con fuerza, otros le arrancaron la túnica, dejando su torso al aire. Fue entonces cuando el que le había acompañado hasta allí lanzó un grito de triunfo:

—¿Lo veis? ¡Ahí está la marca! ¡Ahora podéis comprobar que no os había engañado!

Un rugido de rabia salió de muchas gargantas.

—¡¡Silencio!! —bramó Olivier.

Y cuando lo hubo logrado, se acercó al joven.

—Te conviene decir la verdad. ¿Eres un «souk»?

Dunt se mordió los labios.

No podía explicarse aún por qué medios había sido descubierto. Y, furioso también, deseaba que allá lejos, en el futuro, Doluk oprimiese el botón de su máquina en aquel instante, llamándole a

su lado.

—¿Eres un «souk»? —volvió a preguntar el hombre con voz grave.

—Sí —repuso Dunt, sin bajar la cabeza.

—Bien. ¿Es verdad también que has sido enviado desde el futuro, por medio de una Máquina del Tiempo, para asesinar a Imik el Fuerte?

—Sí, pero…

—Espera, ya darás después las explicaciones que quieras. Ahora pregunto yo.

Y después de una breve pausa:

—Al matar a Imik el Fuerte deseabas evitar que se cumpliese nuestro deseo de liberación en tu época.

—¡No! —protestó el joven con vehemencia—. ¡Yo vine con esa misión, es verdad! Pero al conoceros, al luchar a vuestro lado, al ver que la razón estaba de vuestra parte, quise matar a Imik para precipitar vuestra liberación, para conseguir que os deshicieseis de los déspotas… Y además no podía consentir que Imik se convirtiera en el esposo de Arissa.

El joven que le había acompañado se echó a reír.

—¡Eres el peor de los embusteros, Dunt! ¡Pero a mí no me engañas! ¡Mírame bien! Yo también he venido de tu época… Supimos que te habían enviado a modificar el pasado y me presté voluntario para cazarte y suprimirte antes de que cumplieses tu misión. Por desgracia, hemos llegado tarde, pero tú vas a pagar cara tu traición.

Una cólera roja subió al rostro de Dunt.

—¡Estás equivocado! Yo no he cometido traición alguna, si no ha sido la de volver la espalda a los míos. Y ya te he explicado por qué lo he hecho. Además, si quieras castigarme, ya puedes darte prisa. Doluk puede apretar el botón de su máquina en cualquier momento y hacerme volver a nuestra época.

Brann lanzó una carcajada.

—¡No ternas! Doluk no volverá a apretar ningún botón. Himer, el compañero telépata que me acompañó al palacio, lo mató. ¡Ni tú ni yo escaparemos a esta época! ¡Y tú, repito, pagarás bien caro lo que has hecho!

Y volviéndose a Olivier, con los ojos brillantes, exclamo:

—¡Voy a matarlo ahora mismo!

—Un momento… Hay algunas cosas que deseo aclarar. Comprenderás que Arissa está en palacio y quiero saber en qué situación ha quedado.

Miró a Dunt, sin odio, pero con severidad.

—¿Qué crees que le pasará a mi hija? —inquirió.

—No lo sé, aunque no creo que debas temer nada por ella. El único peligro es que la culpen del asesinato de Imik.

—¿Y te parece poco?

—No gran cosa, en realidad. Los déspotas podrán saber la verdad con sólo analizarla con la «segunda mente».

—¡Eso no servirá para nada!

—¿Por qué?

—No importa ahora. —Olivier se volvió a los otros—. ¡Fulton!

Un verdadero gigante se acercó a él.

—¿Qué quieres?

—Vas a quedarte con este hombre aquí. Lo atarás y tendrás cuidado de que no se mueva.

Fulton sonrió.

—Puedes irte tranquilo.

—Ya lo sé. Iremos a los alrededores de palacio para ver qué es lo que ocurre allí dentro. Todo el mundo está preparado, si es preciso, para el asalto. Pero todavía no sabemos lo que debemos hacer. ¡Este hombre ha echado todos nuestros planes por tierra!

—¿Por qué no dejas que lo mate? —inquirió Brann.

—Todavía no.

El otro se encogió de hombros.

—Creo que cometes un gran error dejándolo vivo.

—Yo no estoy tan seguro. Vamos.

Fueron saliendo.

Fulton ató sólidamente las manos y los pies del joven, dejándolo tirado en el suelo; luego, con una sonrisa, se sentó en una silla, cerca de su prisionero, encendiendo un cigarrillo plácidamente.

CAPÍTULO IX



ra como si algo se hubiese roto en el interior de su espíritu. Los acontecimientos, todos ellos inesperados, se habían precipitado de una forma que no permitía una ordenación de ideas como la que hubiese sido necesaria en aquellos momentos.

¿Cómo sospechar que le habían seguido desde el futuro y que aquel cobarde de Doluk había hablado hasta indicar la marca que llevaba en el hombro?

Se mordió los labios.

Se imaginaba al viejo sabio, temblando de pies a cabeza, incapaz de defender al que su jefe había enviado, diciéndolo todo con tal de salvar su arrugado pellejo que, después de todo, había perdido.

A pesar de la actitud del joven Brann, Dunt no podía dejar de admirarle en cierto modo, ya que comprendía el sacrificio de aquel hombre que, habiendo podido gozar de una época de libertad, se había condenado a vivir en el pasado, bajo la tiranía de los

déspotas, con objeto de facilitar que la liberación, tres siglos más tarde, se llevase a efecto.

Desde luego, los hombres guardaban en su pecho esencias que les hacían, desde cualquier punto de vista, mucho más humanos que los «souks».

En cuanto a él, por lo que se derivaba de las palabras de Brann, estaba más contento que enfadado por el hecho de no tener que volver junto a Imk, a aquella época en la que había sido tan desgraciado.

Luego pensó en Arissa.

No comprendiendo las misteriosas palabras de Olivier, llegó a la magnífica conclusión de que ahora, libre de su regreso al futuro, podía ver las cosas de una manera diferente. Al recordar que Olivier y los suyos habían ido a los alrededores del recinto, para intentar un asalto, se estremeció, ya que estaba completamente seguro de que no lograrían nada.

Cualquier «souk», al enterarse de la muerte de Imik, lo sustituiría y las cosas no seguirían como hasta ahora, sino que la tiranía se convertiría en algo horrible.

¡Y pensar que todo podría haberse arreglado de una manera distinta!

En efecto, si los hombres del futuro hubieran pensado un poco mejor, habrían enviado, en vez del impetuoso Brann, a un grupo de telépatas que conociesen los mecanismos de anulación de la defensa del palacio. Con aquellos hombres, Olivier hubiese podido penetrar en el recinto y acabar con los déspotas, evitando así tres siglos de padecimiento a la humanidad.

Pero estaba visto que tanto Olivier como los otros estaban plenamente convencidos de que su plan primitivo era el mejor. Y les repugnaba variarlo como si les faltase seguridad y confianza en el éxito.

Dunt estaba inquieto.

Las palabras de Olivier respecto a su hija, asegurando que la introspección de la «mente segunda» de los déspotas no demostraría su inocencia no dejaba de preocuparle. Había, sin duda alguna, un misterio en la persona de Arissa que no llegaba a comprender.

¿Por qué había afirmado ser ella la que destruyó la astronave?

Podía ser que intentase desviar las sospechas de Imik,

alejándolas de él. Y Dunt, al llegar a aquella conclusión, se sintió profundamente emocionado.

¡Tenía que hacer algo por la muchacha!

Se maldijo por haber perdido tanto tiempo. Y fijándose en Fulton, vio enseguida el trozo de cañería que estaba sobre él, a unos dos metros de altura y que por aquel lugar atravesaba el techo.

¡Ahora sí que podía servirse de su mente segunda!

Actuando con toda su fuerza, concentró su «hipercortical» en las arandelas atornilladas de la cañería. Su frente se perló de sudor; pero, poco después, una sonrisa de confianza entreabrió sus labios al «notar» que las tuercas iban obedeciendo a su «presión mental» y que comenzaban a girar poco a poco.

Era un esfuerzo tremendo, ya que la «mente segunda», que podía actuar velocísimamente sobre mecanismos preparados para ella, encontraba grandes dificultades para obrar sobre materias ajenas a lo que podía denominarse, abusando un poco de las palabras, «su longitud de onda».

No obstante, Dunt fue comprobando mentalmente que las tuercas obedecían y se aflojaban, aunque con una lentitud que le desesperaba.

Finalmente, cuando todo estuvo dispuesto, envió un mensaje a ambos lados del trozo de cañería, haciendo que se desprendiese al unísono. Además, como no deseaba matar al centinela, forzó su poder de manera a orientar la caída del trozo de metal de forma que sólo atontase al gigante.

Las cosas ocurrieron como él quería.

Fulton se desplomó pesadamente, quedando inmóvil en el suelo. Romper las ligaduras, haciendo actuar sobre ellas su «hipercortical», fue cuestión de un par de minutos.

Poniéndose en pie, Dunt se frotó las muñecas para hacer que la sangre circulase normalmente; luego, apoderándose de la pistola que Fulton había dejado caer al recibir el golpe, salió del sótano.

Anochecía.

Tomando calles transversales y desiertas para evitar el ser reconocido. —Brann había podido difundir detalles sobre él—, caminó, corriendo a trozos, hacia el bosque, penetrando en él por uno de los lados más alejados y dirigiéndose hacia una entrada posterior del palacio que recordaba perfectamente.

Estaba dispuesto a jugar su última carta.

No le fue nada difícil, gracias a su «mente segunda», hacer que las puertas se abriesen ante él. Tampoco ofreció dificultad alguna el orientarse, ya que como la primera vez que entró en el palacio, recordaba perfectamente su distribución interior.

Suponiendo que los «souks» se hallarían en la gran sala de Consejos, se dirigió hacia allí, comprobando, al acercarse, que no se había equivocado.

Se asomó a uno de los ventanales y vio que la totalidad de los hombres «souks» estaban reunidos, sentados en las tribunas del semicírculo que dibujaba el salón. Y en el centro, de pie Arissa, frente a ellos, estaba siendo juzgada.

Entreabrió la ventana y el rumor de voces llegó hasta él.

—¡Debes confesarte culpable! —gritaba un déspota que lleva encima las insignias de la jefatura y que, sin ninguna duda, era el que sustituiría a Imik el Fuerte—. Pero también deseamos que nos expliques cómo es posible que poseas esos poderes y quién eres en realidad. Si estás al lado de los hombres, dinos los nombres de los responsables… ¡Es la única manera de poder salvarte!

—¡Yo no he matado a Imik el Fuerte!

—Eso no importa ahora. ¿Quién eres?

—¿Es que no lo sabes?

—¡No! Ninguno de nosotros sabemos quién eres… Imik te descubrió entre los hombres. Hemos estudiado tu caso, pero seguimos sin comprender. ¿De dónde vienes?

—Tú lo has dicho. De con los hombres.

—¡Es imposible!

—Te digo la verdad. Además ¿no te has convencido lo suficiente? Nada ganarás matándome, puesto que yo no soy la culpable de la muerte de Imik.

—¿Quién lo mató entonces?

—No lo sé.

—¡Mientes! La muerte de Imik el Fuerte debe formar parte de un gran complot que tú misma debiste preparar. ¡Danos los nombres de los hombres que han preparado esto!

Y como la muchacha no dijese nada continuó:

—¡Si estás a nuestro lado, si deseas que yo te despose, tienes que demostrarnos que, como nosotros, odias a los hombres!

Ayudándonos a acabar con el complot, matando a los culpables, nos demostrarás tu lealtad hacia una raza superior que te abrirá sus brazos… ¡Tienes diez minutos para decidirte! Si te niegas a ayudarnos, nos harás ver tu culpabilidad en la muerte de Imik y tu relación con los revoltosos… ¡Y te mataremos, haciéndote sufrir lo indecible antes!

El déspota se sentó.

Cerrando los puños con fuerza, Dunt miró a la joven, cuyo rostro expresaba una serenidad sorprendente.

¿Qué hacer?

Estaba desesperado, no sabiendo si abrir fuego desde allí, matando al nuevo déspota conduciría a algo positivo…

Dudaba.

Finalmente, con los puños apretados y mordiéndose los labios hasta hacerse sangre, la idea luminosa llegó hasta él.

Bajó de la ventana, corriendo a través de pasillos y salones.

Se dirigía hacia la entrada principal, abriendo puertas que dejaba abiertas tras sí. Una a una, sin cesar, las entradas directas fueron quedando abiertas de par en par.

Hasta que llegó a las puertas exteriores, que abrió también.

El bosque estaba ante él.

Siguió corriendo, hasta que en la oscuridad vio las siluetas de los hombres de Olivier que seguían esperando.

—¡¡Olivier!!

El hombre surgió de las sombras y se acercó.

—¡Soy yo, Dunt! ¡Van a matar a Arissa! ¡He abierto las puertas para que podáis entrar! ¡Adelante!

Hubo un brillo de agradecimiento en las pupilas del hombre.

—¡¡Adelante todos!! —gritó, a su vez.

Pero otra voz, a su lado, rugió de rabia:

—¡Sucio traidor!

El disparo abrió un latigazo azul en la noche, y Dunt sintió un dolor vivísimo en el brazo izquierdo. Mordiéndose los labios, corrió hacia palacio, oyendo las amenazas que Olivier dirigía a Brann por haber disparado.

Corrió, sin hacer caso del dolor, dejando un reguero de sangre por donde pasaba.

Finalmente, deteniéndose junto a la ventana desde la que había

estado mirando antes, volvió a incorporarse, con un esfuerzo sobrehumano, asomándose al salón.

Justo en el momento en que el déspota se levantaba.

—Ha pasado el tiempo… ¿Qué contestas?

Arissa miro al «souk» fijamente, con una expresión de valor magnifico.

—¡Os desprecio raza asquerosa! ¡Un día, hoy o dentro de siglos, es igual, pagareis todo lo que habéis hecho en nuestro planeta! Los hombres parecen sometidos, pero nadie ha logrado dominarlos. Esperarán lo que sea necesario, pero terminarán exterminando vuestra maldita raza…

—¡Vas a morir, víbora!

Fue entonces cuando Dunt apretó el gatillo.

La llamarada azul atravesó el salón, golpeando en el pecho al déspota que, con un alarido de dolor, cayó de bruces.

El joven disparo dos veces más; pero cuando iba a hacerlo de nuevo cayo sin sentido desde lo alto de la ventana. Justo cuando los hombres, conducidos por Olivier, cuyos ojos brillaban de entusiasmo, desembocaban allí, gritando como energúmenos.

* * *

—¡Debemos estar seguros!

Imk, con los puños cerrados, miraba al hombre que estaba a su lado. El rostro del déspota llevaba la marca de los sufrimientos y del insomnio de los últimos tiempos.

A su alrededor y con casi idéntica expresión, algunas docenas de «souks», pálidos como el papel, le miraban fijamente.

Uno de ellos se acercó.

—¿Crees que Turuk logrará hacerla funcionar? —inquirió.

—Sí —dijo Imk, mirando al hombre—. ¿No es verdad?

—Creo que sí. He estado estudiando las fórmulas de Doluk y creo haber encontrado la manera de entender la Máquina del Tiempo.

—¡Hay que hacer regresar a Dunt! Estoy completamente seguro de que ha logrado lo que se proponía…, pero hay algo que ha fallado y eso es su regreso… ¡Maldito Doluk por haberse dejado matar de una manera estúpida!

—Debió de ser algún hombre —dijo el que había hablado antes —. Ahora se han apoderado de todo el palacio y podemos dar gracias de que no hayan descubierto aún la forma de abrir esa puerta. ¡Fuiste muy listo, Imk, al aplicar las nuevas fórmulas a esa puerta!

—Sí, pero no nos servirá de nada si no logramos hacer volver a Dunt… Con él aquí, sabiendo lo que ha pasado, podremos actuar y desalojar a esos malditos terrícolas.

Y mirando a Turuk gritó:

—¡Vamos junto a la máquina!

Se acercaron al aparato, con su silla metálica en lo alto. Turuk, cuyas manos temblaban ligeramente, se aproximó a los mandos, consultando las cifras que llevaba anotadas en una hoja de plástico.

—No sé… —dijo, como si hablase consigo mismo.

—¿Qué es lo que no sabes?

—He encontrado dos series de fórmulas…, como si Doluk hubiera empleado la máquina dos veces.

—¡Eso es imposible! Doluk no envió más que a mi hijo Dunt.

—Eso es lo que me choca.

Hubo una pausa.

Después Imk preguntó:

—¿Qué importa lo que haya en esas fórmulas? Probaremos una y luego aplicaremos la otra.

—¿Y si son contradictorias?

—¿Qué quieres decir?

—No lo sé —repitió Turuk, cuyo temor crecía—. Me fastidia que haya dos series de fórmulas…

—¡Basta, imbécil! —rugió Imk—. Aplica una de ellas, es igual. Ya veremos.

Amedrantado, el hombre empezó a marcar cifras y signos sobre la especie de tablero que había a un lado de la máquina. Un altavoz sonó entonces.

—«¡Petición de regreso para X-
6 398 654!
Oprima la palanca 7.»

Turuk obedeció.

Hubo un silencio que el altavoz volvió a romper:

—«Hay dificultades que retardarán este regreso…».

—¡Aplica la otra fórmula!

Mirando con temor a la máquina, el hombre volvió a marcar y de nuevo sonó el altavoz:

—«¡Petición de regreso para Y-
967 548 676!
Coordenadas perfectas… Retraso, no obstante, de seis horas…».

Imk se mordió los labios.

—¡No importa! —exclamó, furioso—. Seis horas es un espacio de tiempo que podemos esperar.

Se alejó de la máquina, dirigiéndose hacia la puerta donde seis hombres, entre ellos su hijo Vrem, estaban sentados.

Tocó la espalda de su hijo y éste se volvió, mostrando un rostro cansado.

—¿Qué hay, padre?

—Eso es lo que yo te iba a preguntar.

El otro se encogió de hombros.

—Los hombres están por todas partes, padre. Han ocupado el palacio y están buscando fórmulas, por medio de sus telépatas, para vencer esta puerta, la última que les queda.

—¡No lo lograrán! Nuestras mentes son fuertes… ¡Por eso hemos matado a todas las mujeres!

Vrem se estremeció.

—¿Y cuál será nuestro futuro, padre?

—¿Qué quieres decir?

—Hemos matado a las mujeres, por temor a que sus «mentes segundas» se dejasen influir por los telépatas humanos… Pero hemos matado a la raza…, ningún hijo «souk» volverá a nacer…, porque también has ordenado la muerte de los pequeños.

—¿Y qué importa eso? —Los ojos de Imk brillaban como si una locura horrenda se hubiese apoderado de él—. ¿No te das cuenta de que con el regreso de tu hermano se arreglará todo?

—¿Tú crees, padre?

—¡Estoy seguro! Si él ha matado a Imik el Fuerte, haciendo imposible ese casamiento que al mezclarnos con los terrícolas ha causado la brecha en nuestra «mente segunda», nada de lo que ha pasado será cierto. Y como después de una mala pesadilla, nos despertaremos dueños del palacio del mundo.

—¡Ojalá tengas razón!

—¿Por qué no habría de tenerla?

—No sé…, ¡han ocurrido tantas cosas!

—Eso no importa. Incluso cuando ordené que matases a tu hermana Imssa, modificando el pasado, todo lo que hemos hecho no será válido y volveremos a ser los de antes.

Hubo un silencio; luego el joven preguntó:

—¿Por qué tendría Doluk dos grupos de fórmulas, padre?

—¡Lo ignoro…, ese viejo estaba loco! Pero ¿importa algo?

—¿Estás seguro de que nadie más ha salido para el pasado?

—¿Quién quieres que lo haya hecho? ¡Nadie!

Cuando faltaban diez minutos para la hora que había marcado la máquina, se acercaron a Turuk, cuya frente estaba perlada de sudor.

—¿Cómo va eso? —inquirió Imk, con un asomo de sonrisa.

—Bien, señor. Ya puedes verlo. La máquina sigue en marcha.

—¡Estupendo!

—Es natural que hayamos tenido ciertas dificultades… ¡Si ese viejo imbécil no se hubiese hecho matar! Él hubiera puesto en funcionamiento este aparato en un abrir y cerrar de ojos…

Y cuando faltaban unos segundos para la hora, se oyó el altavoz:

—«¡Se va a realizar el regreso demandado!».

Un silbido horrísono se escapó de la máquina, al tiempo que la silla metálica quedaba envuelta en una cegadora luz azulada…

CAPÍTULO X

unt abrió los ojos…

Era como si saliese de un sopor prolongado y su mente luchó desesperadamente con las nubes que la envolvían. Igual ocurría con su vista, que fue aclarándose poco a poco…

Hasta ver el rostro que estaba inclinado sobre él y que le miraba fijamente.

—¡Dunt!

Una sensación de inmensa felicidad le invadió entonces.

—¡Arissa!

La joven estaba allí, a su lado, con una hermosa sonrisa en los labios.

—¿Te sientes bien?

—Muchísimo mejor.

—La herida era más grave de lo que nos imaginábamos, pero mi padre encontró al médico que ha logrado lo que parecía imposible.

—Estoy mucho mejor.

Y así era, en efecto.

La recuperación se efectuó rápidamente y momentos más tarde Dunt pudo sentarse en el lecho, contemplando a sus anchas a la hermosa muchacha que se había sentado a su lado.

—¿No te hicieron daño, Arissa?

—No. Cuando disparaste contra el déspota y los otros, el pánico se apoderó de ellos. Luego la llegada de los nuestros terminó poniendo la balanza a nuestro lado.

—¿Qué ha pasado…?

Ella le sonrió.

—Lo que debía ocurrir, querido… El palacio ha sido tomado y los déspotas han sido exterminados.

—Entonces… ¿lo habéis conseguido?

—Sí, gracias a ti.

Ahora fue él quien sonrió.

—Y también gracias a ti, Arissa, aunque no comprendo muchísimas cosas.

Ella sonrió:

—Puedes comprenderlas enseguida… curioso… ¡Haz funcionar tu «mente segunda»!

Él obedeció y la expresión de su rostro viró hacia el más increíble asombro.

—¡No!

—¿Por qué no?

—Pero… ¡si tú tienes también una «mente segunda»!

—Así es.

—Entonces…

Ella le atajó con un gesto.

—No, no te tortures más, querido. Voy a explicártelo todo.

Y después de una pausa, al tiempo que ella cogía una de las manos del muchacho entre las suyas, habló:

—Escucha…, hace muchísimo tiempo, cuando nací, y eso no quiere decir que sea muy vieja, mi padre notó desde el principio que había algo extraño en mi…, una propiedad que, por el momento, no podía explicarse…

»Cuando jugaba, veía que las cosas, por sí solas, se acercaban a mí, lo que le producía admiración. Y poco a poco, con sus estupendas dotes de observación, tuvo que rendirse a la evidencia al

descubrir que yo poseía un sistema cerebral superior al de los demás humanos.

»Papá se explicó el caso como una mutación…, y ésa es la verdad. La raza humana empieza a poseer un "hipercortical" y sólo por la casualidad yo he sido la primera en poseerlo. Pero ahora ya sabemos que otros niños, como yo hacía, obligan a que los juguetes anden solos…

—¡Es fantástico!

—Papá ocultó mis propiedades, procurando que no las manifestase delante de la gente. Pero no hizo falta. Yo había descubierto también la importancia de lo que poseía y tenía muchísimo cuidado en no vanagloriarme estúpidamente ante otros. Todavía no sabíamos que había otros niños que iban a nacer con el mismo poder…

—¿Y después?

—Pasó el tiempo y papá siguió estudiando mi «caso» que, como comprenderás, guardábamos completamente en secreto.

»Hasta que llegaron los "souks".

»Entonces, como ya sabes, pronto se supo que esos seres poseían un poder semejante al mío. Ellos eran una raza más vieja que la nuestra y la mutación favorable había llegado a ellos antes que a nosotros.

Él asintió:

—Es verdad.

—Papá, naturalmente, comprendió, después de convencerse de que la lucha no nos era favorable, que la única manera de lograr en el futuro la liberación de la raza humana, sería la de mezclar a los invasores con nosotros; es decir, conmigo…, ya que yo era la única que poseía una «mente segunda».

»Confiaba en que los hijos de mis hijos, por derivación natural y sin dejar de poseer el "hipercortical", seguirían siendo humanos y se prestasen, consciente o inconscientemente, a la acción investigadora de nuestros telépatas.

—Y no se equivocó.

—No. Él no sabía aún que la herencia de los caracteres humanos estaba ligada al sexo y que sólo las mujeres «souks» serían receptivas a las influencias humanas.

—Así ocurrió.

—Tu llegada lo cambió todo, ya que no contábamos, ¿cómo íbamos a contar?, con la presencia de un «enemigo» del futuro.

—Gracias por lo del «enemigo».

—Yo supe casi enseguida que no lo eras. Distraído como estabas, cuando cruzaste la plaza, evitando el peligro del «rayo azul», me demostraste, sin darte cuenta, que poseías una «mente segunda».

»Por el momento, te aseguro que desconfié de ti. Pero poco a poco, cuando fuimos a la reunión y después a las casamatas, me percaté que te habías impresionado por la nobleza de nuestros deseos…

—Así fue, querida.

—Luego, cuando me cuidaste, ya no tuve ninguna duda sobre tus intenciones. No obstante…

—¡Un momento! Cuando estaba oculto en la sala de Imik el Fuerte, sí que decías que habías sido tú quien derribó la astronave.

Ella sonrió.

—¿Qué querías que dijese? Sabía que estaban preocupados por aquello, prueba evidente de que una «mente segunda» se estaba paseando por la ciudad. Por eso, cuando el déspota pasó a mi lado, yo le hice ver lo que poseía y por eso me ordenó que me presentase en palacio.

—¿Qué le dijiste?

—La verdad. Que había nacido con aquella propiedad, pero que era el único ser con «hipercortical» en el mundo. Él se alegró de aquello y propuso hacerme su esposa…

—Pero…

—Ya sé lo que vas a decirme. No puedes imaginarte lo que sufrí, al tener que elegirle a él. Pero no tenía otro remedio. Hablé a mi padre, diciéndole la verdad sobre ti. Mas él no podía creer en tus buenas intenciones como yo, que te conocía perfectamente. Y no quiso ceder.

»Tuve que seguir el plan primitivo, rogando a Dios para que tú no realizases lo que te proponías.

—¿Matar al déspota?

—Sí. Ninguno de nosotros, incluso yo, podíamos saber de lo que ibas a ser capaz. Por eso nos agarrábamos a nuestro proyecto de siempre, prefiriendo tener la seguridad de liberarnos al cabo de trescientos años a perderlo todo para siempre.

—Es comprensible.

—¿Cómo íbamos a saber que tú solo ibas a trastornarlo todo?

—Debías haberte confiado a mí.

—No podía, compréndelo…

—Tienes razón.

Ella sonrió.

—Después de todo, ya se han arreglado nuestros problemas. Cuando supe, por Brann, que de no haber sido por su amigo hubieras tenido que regresar al futuro, creí morir de dolor.

—No temas.

—Ya sé que ahora no hay peligro alguno.

—¡Nada nos separara! Si es que olvidas que soy un déspota…

—No lo eres, ni significas ningún peligro para nadie. Cientos de niños poseen ya la «segunda mente» y los nuestros… —Bajó los ojos — no tendrán que ocultarse como lo hice yo.

—Eres maravillosa.

La atrajo hacia sí, uniendo sus labios con los de la muchacha.

—¡Ejem!…

Alguien tosió en la puerta, que se había abierto sin que se diesen cuenta.

Se separaron, enrojeciendo y viendo que el recién llegado no era otro que Olivier.

Se acercó el hombre al lecho.

—¿Cómo van esas fuerzas, Dunt?

—¡Estupendamente!

Olivier sonrió y guiñando el ojo:

—Acabo de verlo…

—¡Oh, papá!

—No tiene importancia, hija mía…

Se volvió hacia el joven.

—Ahí afuera hay alguien que desea verte, Dunt.

—¿Quién es…?

—Brann. Está completamente arrepentido de lo que ha hecho y quiere pedirte perdón.

—¡No tiene importancia!

—¿Es que no quieres verle?

—Sí, que pase.

Brann entró, acercándose al lecho.

Su rostro estaba serio.

—Vengo a que me perdones. Dunt. Yo…

—No debes excusarte, amigo mío. Comprendo perfectamente tus sentimientos de entonces hacia mí. Y te aseguro que yo hubiese hecho lo mismo.

—¡Gracias, Dunt!

Se estrecharon la mano.

Charlaron después de muchas cosas y Brann, palideciendo súbitamente, miró a los demás.

—¿Qué te ocurre? —inquirió Arissa, que se había dado cuenta del cambio de color del joven.

—No lo sé. Llevo unas horas mareándome…

Dunt y la muchacha se miraron, interrogándose con la mirada; luego preguntó Dunt:

—¿Comprendes algo, Arissa?

—No. ¿Y tú?

—Tampoco.

Brann estaba mortalmente pálido.

—Es como un vértigo… —dijo—. Algo que me recuerda cuando estaba sentado en aquel maldito sillón de la Máquina del Tiempo…

—¿Eh?

Era Dunt quien había lanzado aquella exclamación.

Ahora quien palideció fue Arissa.

—¡Es imposible! —dijo, mordiéndose los labios.

Pero Dunt no la escuchaba.

Miró a Brann fijamente haciendo funcionar con la mayor intensidad posible su «mente segunda».

Y se estremeció.

—¡Es verdad! —exclamó.

—¿El qué?

—Está intentando llevarse a Brann hacia el futuro… ¡Y es mi padre quien está escondido en el laboratorio de Doluk!

Olivier se volvió a su hija.

—¿Puedes verlo tú, Arissa?

—No, padre. El «supercortical» de Dunt es mucho más potente que el mío. Hace muchos siglos que los «souks» lo poseen y lo tienen más desarrollado; pero, de todos modos, veo un gran peligro alrededor de Brann.

—¡Un momento!

Se volvieron hacia Dunt, que estaba concentrado al máximo.

—No es a Brann a quien esperan, puesto que ignoran su presencia aquí. ¡Es a mí a quien desean!

—¡¡No!! —gritó Arissa.

—Así es, querida. Han encontrado las fórmulas de los dos envíos e hicieron funcionar la mía primero. Como yo estaba inconsciente, la máquina no pudo atraerme. Utilizaron entonces la otra fórmula y ahora van a hacer que Brann regrese…

—¿No se puede evitar? —inquirió Olivier, que también había palidecido.

—No —repuso Dunt—. El circuito está ya en marcha y no podemos evitarlo.

Y miró a Brann con sincera simpatía.

—Daría todo lo que poseo por hacer algo en tu favor, amigo.

Brann sonrió.

—No te preocupes, Dunt. Yo también estoy pensando. ¿Quieres repetirme lo que pasa allá, en nuestra época?

—Mi padre y unas docenas de «souks», los únicos supervivientes, están reunidos en el laboratorio.

—¿Y el palacio?

—Ha sido tomado por los hombres.

—¿Cómo no han llegado al laboratorio?

—Mi padre aplicó una fórmula secreta a la puerta. Los telépatas la buscan, pero no la encontrarán.

—¿Y qué espera tu padre?

—No lo sé. Está como loco. Ha ordenado matar a todas las mujeres y a todos los niños… Los demás déspotas han muerto en manos de los asaltantes.

»Mi padre cree que con mi regreso, una vez cumplida la misión, las cosas volverán donde estaban y nada de lo que ha sucedido contará, ya que se encontrará dueño, como antes, del palacio y de la Tierra.

—Pero está equivocado, puesto que seré yo quien regrese.

—Eso es.

—¿Y cómo es que han podido hacer funcionar la máquina?

—Un técnico ha logrado entender su mecanismo.

—El viejo Doluk dijo que no podía durar la estancia más que

tres meses.

—Mentía. Lo que deseaba era guardar el poder de la máquina para él. En el fondo de su podrido corazón lo que deseaba era ser déspota.

—¡Asqueroso gusano!

Hubo una larga pausa; luego Brann dijo:

—Creo que he llegado a una buena conclusión.

—¿Cuál?

—Contesta tú a la pregunta que voy a hacerte, Dunt.

—Como quieras.

—¿Qué ocurrirá cuando yo llegue al laboratorio?

Dunt se mordió los labios.

Luego dijo con voz sorda:

—Te matarán.

—Eso ya me lo imaginaba. ¿Y después?

—¿Cómo? ¿Qué significa ese después?

—Ya me entiendes. Una vez hayan terminado conmigo, ¿qué pasará?

—Colocarán la otra fórmula en la máquina y me harán regresar.

—¡Ajajá! Eso es lo que quería saber.

—¿Por qué?

—Porque aquí intervengo yo.

—¿Qué quieres decir?

—Que quiero que me digas el tiempo que falta para regresar.

Dunt se concentró.

—Cinco minutos —dijo, después de una pausa.

—Bien —se volvió hacia el viejo—. Olivier, haga que me traigan una carga explosiva, montada a disparador instantáneo.

—¿Qué piensas hacer?

—Haga el favor de traerme eso. Y dese prisa.

—Bien.

Salió, regresando poco después.

Dunt y Arissa habían comprendido ya.

—¿Quieres explicarte ahora? —inquirió Olivier, después de haber entregado la carga al joven.

—Sí. Voy a ir allá y cuando aparezca, en el sillón de la máquina, rodeado por todos los que esperan que yo sea Dunt…, oprimiré el disparador. No está mal, ¿verdad?

Al darse cuenta de que había hablado de esta forma delante de Dunt, dijo:

—Perdona, Dunt.

Una sonrisa triste apareció en el rostro del joven.

—No tiene importancia… Mi padre podía haber sido bueno, pero era un déspota. Mató a mi hermana, a todas las mujeres…; ¡no merece otra suerte! Pero tú…

—¿Yo? ¿Quieres un final más estupendo?

Arissa se acercó al joven, besándolo en las mejillas.

—Te recordaremos siempre, Brann.

—Lo sé. Pero sólo para vosotros seré algo, ya que regreso para destruir, paradójicamente, un futuro que no existirá nunca.

—Ha llegado la hora —dijo.

Una luz azulada le envolvió entonces. Y momentos más tarde, cuando la luz cesó, Brann había desaparecido hacia el futuro.

EPÍLOGO

—¿Te has dado cuenta, amigo mío?

—Sí.

—Ya has visto que no se debe intentar alterar la Historia. El pasado es inconmovible y la Ley, queramos o no, termina por imponerse…

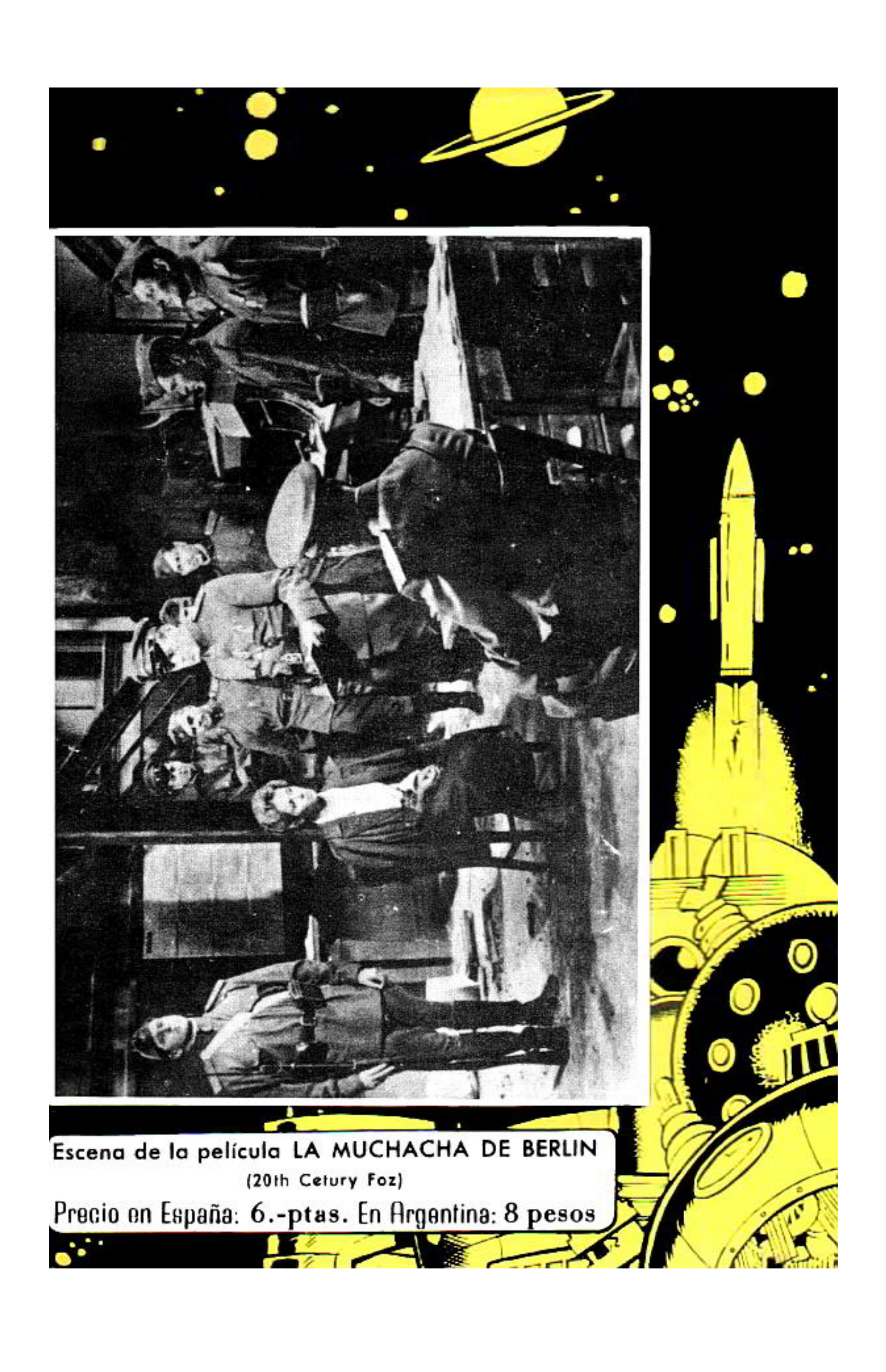
—¡Pero si Dunt ha modificado el pasado!

Ekaton sonrió, compasivo; luego continuó:

—¿Has creído eso, amigo mío? Pues escucha entonces: Dunt no modificó nada. Porque, sencillamente, los «souks» no existieron jamás.

(De los «Diálogos de Ekaton»).

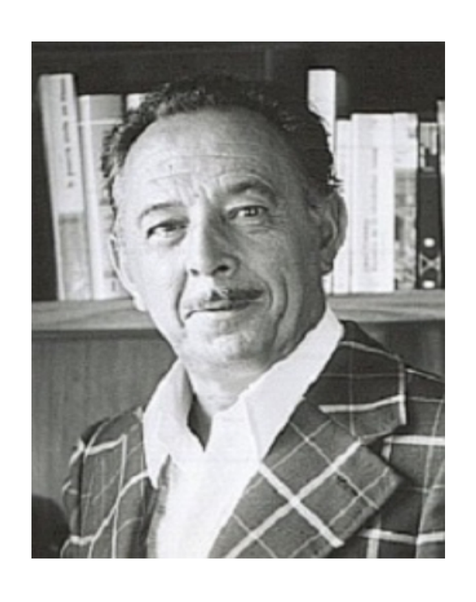




Escena de la película LA MUCHACHA DE BERLIN

(20th Cetury Foz)

Precio en España: 6.-ptas. En Argentina: 8 pesos



ENRIQUE SÁNCHEZ PASCUAL. Nació en Madrid en agosto de 1918. Era estudiante de medicina cuando estalló la guerra civil, lo que le obligó a abandonar los estudios. Su condición de combatiente republicano le obligó a exiliarse de España al terminar el conflicto, refugiándose en Francia. Allí conoció a su esposa, Ángeles Abulí, con la que contrajo matrimonio fruto del cual fueron cinco hijos: Christiane, Enrique, Richard, Yolande y May. Posteriormente regresó a España, lo que le costó cumplir una pena de prisión en la cárcel de Figueras; resulta curioso comprobar el paralelismo de esta etapa de su biografía con las de otros autores de literatura popular tales como Marcial Lafuente Estefanía, el recientemente fallecido Alfonso Arizmendi o Fernando Ferraz Fayos (Profesor Hasley) entre otros; por lo que se ve, el bando perdedor de la guerra civil fue una cantera de excelentes escritores en los años subsiguientes. En los duros años de la posguerra, y domiciliado en Madrid, trabajó como representante de unos laboratorios farmacéuticos escribiendo Poesías para médicos, un irónico poemario dedicado al colectivo médico. Poco después, animado por un amigo escritor, probó suerte en el campo de la literatura popular, entonces en auge, es de suponer que con éxito puesto que acabaría convirtiéndose, tal como se ha comentado en la introducción, en uno de los autores más

conspicuos del género. Aunque Sánchez Pascual comenzó su carrera literaria en Bruguera, lo que motivó el traslado de toda la familia a Barcelona, fijando su residencia primero en el pueblecito de Mirasol y posteriormente en Sant Cugat del Vallés y Masnou, también fue uno de los principales colaboradores de Toray, la rival catalana de Bruguera, donde asimismo dejó un extenso catálogo. Otras editoriales para las que escribió fueron también la desaparecida Ediciones Petronio y la mexicana Diana.

Tal como solía ocurrir en este campo, Sánchez Pascual escribió prácticamente de todo: novelas, guiones, poesías, artículos, obras de teatro, traducciones… y por supuesto, abordando prácticamente todos los géneros. Como es natural tuvo que firmar bajo seudónimo y, al ser tan prolífico, recurrió a una buena batería de ellos. El más conocido de todos es probablemente el de Alex Simmons, pero también utilizó el de Karl von Vereiter, para firmar libros de temática bélica y, ya dentro de la ciencia ficción, recurrió a toda una batería de los mismos: Law Space, H.
S. Thels,
W. Sampas, Alan Comet, Alan Starr, Lionel Sheridan, el ya citado Alex Simmons… El que hay que descartar como suyo, pese a las atribuciones que se le han hecho, es el de Marcus Sidereo, probablemente un seudónimo editorial bajo el que se cobijaron diferentes autores no identificados.